
ESTUDIOS SOCIALES*

Jaime Balmes

OBSERVACIONES PRELIMINARES**

SUMARIO.—El propósito del autor. Diferencia entre las ciencias morales, sociales y exactas. Orden material, intelectual, moral, religioso, social, político, administrativo. Diferencias entre el orden social y el político o administrativo. El orden social comprende el material, el moral y el intelectual. Datos de orden material. Datos de orden moral. Datos de orden intelectual. La ciencia social. La sociedad no se gobierna por la ciencia, sino por el instinto social. Precauciones al aplicar las ciencias sociales. Diferencia entre las ciencias sociales y las ciencias naturales.

En una serie de artículos que publicamos en los números anteriores de esta *Revista* procuramos definir la civilización y señalar el punto adonde deben dirigirse

* [Nota bibliográfica.—Este artículo fué publicado en el cuaderno 10 de *La Civilización*, correspondiente a la segunda quincena de enero de 1842, vol. I, p. 452. Nunca ha sido reimpresso. El sumario es nuestro.

Como se ve por el título, este escrito había de ser una introducción a una serie de estudios sociales. Balmes salió luego para París, y estos estudios no se escribieron, ni apareció más dicho título en la revista.]

** [Deseo agradecer a la Biblioteca de Autores Cristianos el amable gesto y cortesía que han tenido al ceder desinteresadamente sus derechos para publicar esta selección de Estudios Sociales (comprende los artículos «Observaciones preliminares», «La ciencia y la sociedad», «La prensa» y el artículo tercero de la «La civilización») de J. Balmes que se encuentra en el tomo V (Madrid, 1949) de sus *Obras Completas* publicadas por la Biblioteca de Autores Cristianos.]

se los pueblos; pero quedaría incompleto nuestro trabajo si, contentándonos con haber presentado el bello ideal de la perfección de la sociedad, no indicásemos cuáles son en nuestro juicio los medios de que debe echarse mano para aproximarse a él, ya que no sea dado alcanzarle. Materia es ésta sumamente difícil, y tanto más cuanto se presta dócilmente a || toda clase de explicaciones, mostrando en muchas de ellas una llaneza y una sencillez muy a propósito para alucinar a observadores poco avisados. Nada más fácil que hablar sobre la sociedad, no cabe encontrar objeto en que mejor pueda campar a su talante el ingenio, excogitando y desenvolviendo utopías y sistemas; pero tampoco hay materia que bajo engañosa superficie envuelva profundidad más tenebrosa. Entre las ciencias morales y sociales y las exactas media una diferencia que conviene sobremanera no perder de vista, y consiste en que éstas tienen al observador más sobre sí y van acompañadas de más segura conciencia de sí propias, advirtiéndolo al que las estudia de la obscuridad, confusión o error; cuando aquéllas dejan a veces satisfecho, llegan a producir una verdadera convicción, que quizás sólo estriba en una serie de desatinos. Un ejemplo aclarará lo que acabamos de asentar. No es posible escribir, no diremos una obra, pero ni siquiera una página de matemáticas, trastornando completamente las ideas de las cantidades y confundiendo todas sus relaciones, sin que el escritor advierta sus despropósitos y sin que sienta en el fondo de su alma una convicción íntima de que desatina; y al contrario, en las otras ciencias se han escrito voluminosas obras que se ha reconocido después que no eran otra cosa que sueños de un ilustre delirante, y, sin embargo, el autor las escribía con la || más buena fe del mundo, creyendo que hacía descubrimientos importantes, y que los exponía con una lucidez admirable. Dejando aparte el tan sabido dicho de Cicerón sobre los absurdos de los filósofos, ¿quién al recorrer la historia del espíritu humano no ha creído contemplar una galería de locos ilustres?

Estas observaciones, que para todo hombre inteligente son de una verdad indisputable, deben servirnos para andar muy precavidos contra nuestras ilusiones, tan frecuentes en casi todas las materias, y que en las ciencias sociales acarrearán males de inmensa trascendencia. Sin lisonjarnos de evitar estos escollos, procuraremos, no obstante, guardarnos de ellos en cuanto quepa en nuestros débiles alcances; y como sea nuestro ánimo escribir algunos artículos sobre estas materias conforme se nos vaya ofreciendo la oportunidad, ante todo será bien aclarar y fijar algunas ideas que sean como lumbresas colocadas a trechos en el intrincado camino que vamos a emprender.

La sociedad, como el individuo, puede considerarse bajo diferentes aspectos y en diferentes relaciones, de donde resultan distintos órdenes de hechos y de ideas que dan origen a otras tantas ramificaciones de la ciencia social. Orden material, intelectual, moral, religioso, político, administrativo, social, he aquí unas palabras que andan en boca de todo el mundo, pero que no van siempre deslindadas y definidas cual conviene || para fijar debidamente la naturaleza y las relaciones de los hechos que expresan. Nos ocuparemos, pues, en esa definición y deslinde; que el tiempo empleado en esta tarea no será ciertamente tiempo perdido.

Orden material: en él se comprende todo cuanto está directa e inmediatamente destinado a la satisfacción de las necesidades de nuestro cuerpo y sentidos. La agricultura, la industria y el comercio pertenecen a este orden, considerados en su objeto inmediato y directo; porque éste no es otro que proporcionar alimento, vestido y habitación, o algún goce a nuestros sentidos. En un impreso, la bondad y hermosura del papel y la belleza tipográfica pertenecen al orden material, porque se dirige al tacto y a la vista, y nada tiene que ver con el mérito de la obra, que por ser objeto de facultades superiores a los sentidos corresponde a un orden muy diferente.

Orden moral: cuando se le contrapone al orden intelectual, social, etc., encierra lo perteneciente a las costumbres en cuanto son buenas o malas.

Orden intelectual: abarca todo lo relativo a los conocimientos humanos.

Orden religioso: su nombre es la mejor explicación.

Orden social: he aquí una expresión cuyo sentido no es fácil fijar con toda precisión, y, sin embargo, el uso general y constante la ha aceptado, notándose que || se la toma en sentido muy diferente de lo que se llama *orden político* y *orden administrativo*. Explicaremos a la vez estas expresiones, porque del mismo cotejo brotará la luz.

Social se refiere a la organización intrínseca de la sociedad, político se aplica a su gobierno; lo primero encierra las ideas, las costumbres, los hábitos, las instituciones independientes de la forma de gobierno, lo segundo se aplica a la organización del poder público y al modo con que está asentado sobre la sociedad: así como el orden administrativo se aplica más particularmente al modo con que ejerce sobre la misma sus funciones. De esto se infiere que la palabra *estado social* abarca todo cuanto hay en la sociedad, en cuanto se prescinde de la forma de gobierno y del sistema de administración; mientras que esta forma y este sistema no estén tan hondamente arraigados en el país y tan íntimamente enlazados con la sociedad, que pueda considerárselos como que forman uno de los elementos más íntimos de su organización. En este caso pueden contarse las municipalidades en tiempo del imperio romano, el feudalismo en los siglos medios, las mismas municipalidades en el espacio que transcurrió desde que empezó a tomar cuerpo la lucha entre los comunes y los señores, y otros ejemplos que podrían citarse. Se conoce que las instituciones políticas o administrativas han pasado a ser || en cierto modo sociales, cuando son hijas de la religión de los pueblos, o de su sistema de propiedad, o nacen de su mismo tenor de vida; pues que entonces, como que están cimentadas en lo que más de cerca afecta al hombre en lo moral o en lo físico, no pueden derribarse ni alterarse sin que se resienta de la mudanza el mismo estado social.

A pesar de lo que acabamos de exponer sobre la íntima relación que existe en muchos casos entre el estado político y administrativo y el social, es menester advertir que siempre queda entre ambos una diferencia notable, y que la organización del poder público y de las instituciones que de ella emanan son cosas de suyo más sujetas a mudanzas que el estado social; como que por más raíces que tengan en la sociedad permanece su tronco en la superficie y está

más expuesto a las tempestades levantadas con frecuencia por el ardor de las pasiones y la lucha de los intereses. Para que se comprendan a fondo estas diferencias, cual lo exige su importancia, aduciremos un hecho reciente.

El trastorno acaecido en España en 1808 con la invasión del ejército francés y la desaparición de toda la familia real dejó a España sin ningún gobierno: el cambio político fué completo, o mejor diremos, desaparecieron de golpe todas las instituciones políticas, pero no hubo ningún cambio social, y bajo este || aspecto la España del federalismo de las juntas fué la misma España de la unidad monárquica de Carlos III.

Publicada la Constitución de 1812, las instituciones monárquicas se cambiaron en otras esencialmente democráticas; con la restauración de 1814 se restablecieron las monárquicas; con la revolución de 1820 aparecieron de nuevo las democráticas, hundiéndose éstas en el año 1823 para ceder otra vez su lugar a las monárquicas; pero en medio de tamañas mudanzas políticas el estado social permanecía el mismo, sólo con aquellas alteraciones que iba sufriendo lentamente, por la acción del tiempo y la fuerza de los acontecimientos.

Pero el orden social, ¿distinguese acaso del material, del moral y del intelectual, de manera que éstos no se comprendan en aquél? Así podría entenderse del uso que muchas veces se hace de estas palabras; pero profundizando en su verdadera significación, échase de ver que aquí hay un error, o cuando menos una inexactitud. El orden social es evidente que por su misma denominación ha de abarcar todo cuanto forma lo que se llama estado social de un pueblo; es decir, todo cuanto se encierra en la misma sociedad, mientras sea de bastante importancia para influir en bien o en mal de ella y no esté de tal manera en su superficie que pueda desaparecer o mudarse sin que || se resientan notablemente del cambio los elementos que forman su organización intrínseca. Con esta explicación es claro que en el orden social han de venir también comprendidos el material, el moral y el intelectual, siendo éstos respecto de aquél lo que las partes respecto del todo, o lo que son los elementos constitutivos de un cuerpo con respecto al cuerpo constituido. Más claro, y echando mano de un ejemplo que tiene más analogía con el objeto que nos proponemos aclarar: en un individuo se encuentran lo físico, lo moral y lo intelectual, y cualquiera de estas partes que se olvide al considerarle, queda incompleto el conocimiento de él y no puede decirse que se le comprenda con perfección; lo propio, pues, debe afirmarse de la sociedad, y así nunca se podrá decir que se haya conocido perfectamente el estado social de un pueblo hasta que se conozca todo cuanto pertenece a su estado material, moral e intelectual.

Así será necesario tener datos fijos sobre el número de los habitantes del país, sobre el clima, calidad de su terruño, ríos o mares que le bañan, montañas que le atraviesan o rodean, sobre el estado de su agricultura, naturaleza, calidad y variedad de los frutos, sistema de propiedad territorial, las relaciones entre el colono y el dueño, la clase de cultivo y la proporción entre la producción y el consumo. Será necesario saber cuáles son los ramos de su industria, || su verdadero estado, ya con respecto a la abundancia de los productos, ya con

respecto a la perfección de ellos; la igualdad o desigualdad con que está distribuída esa industria, si se la encuentra tan sólo en algunos puntos o en todas partes; cuáles son las causas de las diferencias que se observen, si son permanentes o pasajeras, si está en la mano del hombre el removerlas o atenuarlas, o si por su misma naturaleza se hallan fuera de la acción de los esfuerzos humanos. Sobre el comercio, tanto interior como exterior, conviene saber cuáles son las mercancías que forman su objeto, de qué puntos se extraen y adónde se llevan, qué clase de personas se dedican a éste, si es por especulación o por necesidad, cuáles son los medios de transporte, y, en general, los capitales que en ellos se emplean, la población que en los mismos se ocupa, los medios de subsistencia de que dispone; en una palabra, todo cuanto pueda contribuir a dar una idea completa y exacta del verdadero estado material de los pueblos.

Por lo que toca al orden moral, a más de aquellas noticias que suministra la estadística de los tribunales y de la policía correccional, es indispensable, si se le quiere penetrar a fondo, entrar en diligentes investigaciones, y con atentísima observación, sobre aquellos hechos morales que, escapándose de toda acción de la ley y que no pudiendo ser objeto de ninguna || clase de amonestaciones por parte de la autoridad civil, ejercen, no obstante, poderoso influjo sobre los destinos así del individuo como de la sociedad, y advierten al legislador del camino que debe seguir, no para entrometerse donde no le corresponda, pero sí para obrar, en vista del estado social, conforme lo exijan la utilidad y conveniencia pública. ¡Qué campo tan vasto se ofrece en esta parte al observador atento y delicado! El grado y el carácter de la moralidad de los individuos; la influencia que sobre ellos ejerce la religión, así por la naturaleza de sus doctrinas como de su culto y de las instituciones que haya creado, las mudanzas y modificaciones introducidas por estas causas en los hábitos y costumbres; el pudor público y privado, el matrimonio, la patria potestad, todas las relaciones de familia y de parentela, la mayor o menor consideración, deferencia e influjo que consigo lleven el sexo, la edad, la condición, la riqueza, el estado o la posición social; la mayor o menor fuerza de las tradiciones, el apego a ciertos hábitos, el gusto por ciertos alimentos y trajes, la afición a ciertas diversiones, el mayor o menor predominio del espíritu de egoísmo, de familia, de provincia o de nacionalidad; en todos estos puntos es necesario fijar la atención para formarse idea cumplida del estado moral de un pueblo, y cualquiera de ellos que se olvide podrá || hacer ilusorias las mejores leyes, inutilizar las instituciones más bien combinadas, frustrar las intenciones más benéficas y la voluntad más decidida del mejor de los legisladores, y desmentir todas las previsiones y cálculos de los más aventajados filósofos y políticos.

Si el estudio del estado material y moral de los pueblos ofrece dificultades gravísimas y exige investigaciones dilatadas y profundas, y observación sumamente minuciosa y delicada, crece de punto, si cabe, la gravedad del empeño cuando se quiere conocer su estado intelectual. No es muy difícil el formar un catálogo de las obras principales que se hayan dado a luz en una nación, en un plazo determinado, y compararlas con las que en el mismo tiempo se hayan

publicado en otros países, para deducir más o menos aproximadamente la relación en que se halla el desarrollo de las altas inteligencias, formando así concepto de la verdadera situación científica en que se encuentra el pueblo que se trata de observar. Pero, con este trabajo, ¿se conocerá su verdadero estado intelectual? Para este conocimiento, ¿es barómetro bastante fiel la inteligencia de algunos sabios? Esta ¿se halla siempre en la debida proporción con la inteligencia de órdenes inferiores? Parécenos que no; y que, ya en el grado, ya en la calidad del desarrollo intelectual, es un signo muy || equívoco lo que se llama movimiento científico y literario. No repetiremos aquí lo que dijimos ya sobre esta materia en uno de los artículos anteriores; observaremos solamente que este movimiento se verifica en una esfera muy diferente de aquella en que se desenvuelve la inteligencia de la generalidad del pueblo, que tiene por lo común diferente origen y objeto, y que si a veces se hallan los dos movimientos en alguna proporción y armonía, están a veces en completa desproporción y discordancia. Sobre todo no podemos menos de recordar una verdad tan sencilla como poco advertida, y es que el desarrollo intelectual de los pueblos no proviene solamente de los libros, sino de un concurso de causas que nada tiene que ver con las escuelas y con las letras.

Como no es éste el lugar de entrar en pormenores sobre este importante punto, y no queremos adelantar lo que nos reservamos para cuando lo pida el orden de las materias que nos proponemos examinar, nos contentamos con rápidas indicaciones generales, que bastan a manifestar la suma dificultad de esa clase de estudios, y la necesidad de no darse por satisfecho con la simple visita de las academias y ateneos, sino que es preciso internarse en el corazón de la sociedad, recorrer sus varias clases, examinar su posición, sus relaciones, en una palabra, || todo cuanto puede dar a conocer cuáles son los objetos que ocupan más ordinariamente las facultades intelectuales, cuáles las causas que influyen en su desarrollo y cuáles son las muestras y señales de su desenvolvimiento; único medio de determinar el verdadero estado intelectual de un pueblo, apreciando debidamente el grado y el carácter de la inteligencia.

Arredrador es, sin duda, siquiera por su extensión, el cuadro que acabamos de trazar de las investigaciones necesarias para formar cabal concepto del verdadero estado social de un pueblo: preliminar indispensable para cimentar una ciencia social y para idear sistemas que le sean aplicables sin daño y con provecho. Y todavía es menester advertir que no hemos hecho otra cosa que indicar rápidamente, que sólo hemos levantado una punta del velo tras del cual se descubre un horizonte inmenso. Pero ya que quizás hayamos introducido el desaliento en el ánimo del lector, cuidaremos también de animarle para esta clase de estudios, haciéndole advertir que lo bello y sabroso del trabajo compensa con abundancia las fatigas que cuesta, que la alta importancia de los resultados que por este camino pueden obtenerse en pro de la humanidad deben estimular a todo hombre amante de ella, que esta ciencia es más difícil por hallarse todavía en la infancia; pero que, en cambio, reserva la posteridad más gloria y prez || para los hombres filantrópicos y laboriosos que no se hayan arredrado

por ninguna clase de obstáculos al entrar los primeros en tan escabrosa carrera.

No dudamos que un profundo estudio de la sociedad puede acarrear a ésta grandes bienes; pero es necesario también prevenirse algún tanto contra la exagerada estimación de la ciencia, en cuanto se trate de aplicar a la práctica los frutos de sus doctrinas. En efecto: si fijamos nuestra atención sobre lo que nos enseña la historia y nos muestra la experiencia, echaremos de ver que la sociedad no se gobierna por la ciencia, sino por el buen sentido, por cierto tino práctico que apenas sabe darse a sí mismo razón de sus operaciones, pero que, sin embargo, marcha al logro de su objeto con un acierto admirable. Llámese a esto instinto social, dígase que es el resultado de lo que va enseñando la experiencia, enseñanza que van recogiendo los hombres y las naciones sin que lo adviertan siquiera, lo cierto es que existe y que es incomparablemente más seguro y más eficaz que lo que se apellida ciencia.

Sean cuales fueren los extravíos que en su marcha haya sufrido la humanidad, y por más que se ponderen los males que de ellos han dimanado, no puede negarse que de muy antiguo ha estado cubierta la faz de la tierra de instituciones cuyo mérito y utilidad nadie ha puesto en disputa; y nos atreveríamos || a preguntar: ¿cuántas son las que deben su origen a lo que propiamente se llama ciencia? El principio de muchas de ellas está envuelto en las tinieblas de los siglos; las unas se han ido formando como por sí mismas, lentamente, fluctuando a merced de las vicisitudes de las épocas, sin que ni divisarse pueda, ni en su nacimiento ni en su progreso, el pensamiento o la mano del hombre; otras han brotado de las mismas necesidades y al estímulo de éstas han debido su desenvolvimiento; muchas han sido obra de la religión, no pocas de algún legislador que, lejos de poseer ese fárrago que nosotros llamamos filosofía, se condujo únicamente por aquel buen sentido que guía en su conducta a un buen padre de familia.

Dondequiera que dirijamos nuestra vista se nos ofrecen severas lecciones para humillar nuestro orgullo científico; y éstas han adquirido nueva luz desde que se han podido comparar muy de cerca las obras de la ciencia con las obras del tiempo. Cuando a impulsos del orgullo científico se ha querido fundar sobre nuevos cimientos el edificio social; cuando la ciencia, dueña exclusivamente del gobierno de los pueblos, ha querido aplicarles sus teorías, ¡cuántos trastornos!, ¡cuántos ensayos, ora infructuosos, ora funestos!, ¡cuán amargos desengaños! La misma ciencia lo ha reconocido; lo confiesa en alta || voz, con una candidez, y nos complacemos en consignarlo aquí, con una candidez que la honra. Así es que en general se muestra menos violenta en sus ataques, más mesurada en sus pasos, menos satisfecha de sus investigaciones, más cauta en sus ensayos, y, lejos de protestar, como lo hacía antes, contra todo lo antiguo y de empeñarse en derribar las obras de los siglos, busca los medios de conciliar sus teorías más predilectas con los restos que han podido salvarse del huracán de las revoluciones. Antes proclamaba la necesidad de improvisar en todos ramos, ahora invoca como elemento indispensable de toda obra sólida y duradera la acción del tiempo; antes despreciaba las creencias y los instintos del

linaje humano, ahora los busca por doquiera, y, encontrados, no se desdenea de tomarlos por pauta; antes se burlaba de toda religión y la juzgaba como nociva a la sociedad, ahora la reconoce como uno de los principios constitutivos de ella, como un excelente medio de gobierno, como un poderoso elemento de organización, como un germen de grandes mejoras, como un vehículo tan seguro como suave para introducir hasta los más recónditos senos de la sociedad la moralidad, la beneficencia, el bienestar, en una palabra, la civilización.

Ha sucedido en las ciencias sociales algo de semejante a lo que se ha verificado en las naturales: || primero se ha destruído, después se ha tratado de edificar. No puede negarse que ha existido la analogía, pero cuando se ha notado la semejanza era necesario no olvidar la diferencia y no erigir la estatua de Rousseau al lado de la de Descartes. Ambos destruyeron, es verdad, pero Descartes destruía en el orden de las ideas, Rousseau en el orden de los hechos; Descartes combatía las opiniones de los hombres acerca las leyes de la naturaleza, pretendía que éstas no eran tales como las imaginaban los filósofos, no quería que el mundo marchase de otra manera de lo que lo había hecho hasta su tiempo, sino que afirmaba que los filósofos no habían conocido la verdadera marcha, y él se afanaba en excogitar sistemas por medio de los cuales se pudiese explicar el misterio. Pero Rousseau hacía más: no sólo combatía las opiniones de los hombres sobre la sociedad, sino las mismas leyes y principios por medio de los cuales se había ésta gobernado; no decía que los hombres errasen sobre la naturaleza de los más poderosos elementos de organización social, sino que, reconociendo la realidad y la influencia de estos elementos, afirmaba que ésta había sido funesta. Y he aquí compendiado en pocas palabras el error de los filósofos del siglo XVIII: «Hasta nosotros la humanidad ha marchado por caminos errados, nunca se ha dirigido a su verdadero objeto; ha corrido en || pos de vanas ilusiones por el camino de la mentira; la verdad no se ha dejado ver en el mundo hasta que nosotros la hemos sacado del pozo en que yacía en tinieblas; no ha podido ejercer su imperio hasta que nosotros le hemos levantado un trono donde pueda recibir los homenajes que de justicia le son debidos.» ¡Insensatos! ¿Y no sabéis que el error es infecundo y además funesto? Y si hasta vosotros la humanidad no ha estado en posesión de la verdad, si ha tenido el error en sus leyes, el error en sus costumbres, el error en sus formas de gobierno, el error en su religión, el error en su moral, ¿cómo ha podido medrar por espacio de tantos siglos y al través de horrosos sacudimientos, y llegar al alto punto de esplendor en que vosotros la encontraríais, que vosotros mismos no cesáis de ponderar y admirar, y de que son una irrefragable prueba el desarrollo y la cultura de vuestros talentos, vuestra erudición, vuestro saber, vuestra elocuencia y tantos medios de que disponéis para fascinar y extraviar a los hombres? Si el error envuelve un trastorno de la naturaleza y relaciones de los seres, estando el error en todas las reglas que dirigían al individuo y a la sociedad, hasta que vosotros habéis venido a disipar las tinieblas, ¿cómo es posible que ambas no hayan desaparecido de la faz de la tierra? ¿Cómo se explica su conservación y sus visibles adelantos? ||

Esta diferencia que acabamos de señalar entre las ciencias sociales y las naturales explica perfectamente la diversa situación en que se encuentran; las primeras retroceden, deshacen el camino andado, porque han visto que la verdad se les había quedado atrás, y que si querían merecer el nombre de ciencia les era necesario volver a apoyarse sobre aquellos principios que han servido de base a toda sociedad; las segundas avanzan cada día más, y nadie piensa en substituir los sistemas de las antiguas escuelas a las dos lumbreras únicas que pueden guiarnos en ese camino, que son las matemáticas y la experiencia. Los trabajos científicos más recientes han puesto en claro el engaño de los que habían dicho que la narración de los Libros Santos estaba en contradicción con las leyes de la naturaleza; pero con esto no se ha hecho más que poner de manifiesto la ligereza de algunos naturalistas, pues por lo demás en nada han afectado el método que en los estudios se sigue. Las matemáticas y la experiencia se invocaban antes, las mismas se invocan ahora, y para completar el triunfo de la religión no es necesario restaurar el trono de Aristóteles. Aristóteles no era necesario en el mundo, pero Dios sí, y la filosofía de Descartes destronaba a Aristóteles, la filosofía del siglo pasado destronaba a Dios. ||

LA CIENCIA Y LA SOCIEDAD*

SUMARIO.—Hombres de lo pasado y hombres del porvenir. Destinos de la sociedad. Falta de buena fe en las discusiones. La prensa. La oposición. La revolución de 1789. La inteligencia por sí sola erigida en poder. Caracteres de las revoluciones inglesa, americana y francesa. La Francia y la Alemania; diferencia entre sus filósofos. El genio y la pobreza. Intervención popular en todo linaje de negocios. Carácter distintivo de los escritos de nuestra época. Cotejo de éstos con los antiguos. Desarrollo simultáneo de las facultades del espíritu humano. Paragón de dos escuelas.

I

Hombres hay que viven en lo pasado, y los hay también que viven en el porvenir. Unos y otros condenan lo presente; aquéllos ensalzan lo que fué, éstos lo que será; los primeros se consuelan con recuerdos, los segundos con esperanzas; al fijar sus miradas en lo futuro los unos exhalan un gemido y entonan funerales endechas, los otros saludan con himno entusiasta la aurora de un nuevo día. ||

No nos afligen presentimientos tan tristes, ni nos deslumbran ilusiones tan halagüeñas: la descendencia de Adán sigue su penosa marcha sobre la tierra, segura de no encontrar aquí las perdidas mansiones de Edén; pero tampoco

* [Nota bibliográfica.—Este artículo fué publicado en el cuaderno 1.º de *La Sociedad*, correspondiente al día 1.º de marzo de 1843, vol. I, p. 14. Fué reimpresso varias veces después de la muerte de Balmes con la colección de la revista. Tomamos el texto de la primera edición. El sumario es de Balmes, puesto en el índice del volumen I de la revista.]

nos parece que la sociedad haya de sumirse de nuevo en el caos y que su doliente seno haya de ser entregado sin piedad al suplicio del buitre. En pos de horrorosa tormenta el Eterno hace resplandecer en las nubes el arco de la esperanza.

Creemos que en esto, como en muchas otras cosas, hay no escasa exageración de una y otra parte, y no acertamos a ver qué beneficios pueden resultar a la humanidad, ni de ser engañada con mentidas promesas, ni espantada con tan formidables amenazas. De esta suerte se enciende en demasía el ardor de los unos y se hiela la sangre a los otros, e impulsada la sociedad hacia puntos diferentes pierde en la incertidumbre un tiempo precioso.

Contribuye no poco al aumento de la confusión de semejantes ideas la falta de buena fe en algunos de los que en opuestos sentidos militan; notándose que en las razones alegadas, más bien esfuerzan un argumento que no expresan una convicción. ¡Triste condición de las ideas en la época actual el verse convertidas en instrumento de intereses, careciendo así de la libertad de campar en el terreno de la || discusión con independencia e hidalguía! Si estos intereses, que toman a sueldo el pensamiento, fueran generales, se extendiesen a largo trecho de duración, no limitándose a pequeño círculo de personas, o a breve espacio de lugar y de tiempo, no sería el daño de tanta monta, y aun sucediera casi siempre que el entendimiento, luchando por ellos, no se apartaría de su natural objeto, que es la verdad. Pero desgraciadamente acontece muy a menudo lo contrario: las ideas se encuentran encerradas en un miserable recinto y se agitan y revuelven en una atmósfera que las ahoga.

En la dilatada extensión que han tomado las discusiones por medio de la prensa en Europa y América, compléanse a menudo en un mismo punto las cuestiones religiosas, filosóficas, políticas, legales y administrativas; resueltas de una manera favorecen o dañan a un partido, a un sistema, a una institución, quizás a una persona, y esto basta para que se sepa de antemano cómo las resolverán las inteligencias militantes. Este es el efecto necesario de lo que se apellida *oposición*, y que se ha pretendido legitimar a los ojos de la filosofía como elemento indispensable en los gobiernos representativos. Si se hubiese dicho que esto era un mal que no se podía evitar, y que no deja de producir bienes, compensando así los daños que acarrea, hubiéramos comprendido muy bien esta || explicación, y dado caso de no hallarla satisfactoria, al menos nos pareciera razonable. Pero, lejos de que se entienda en este sentido, se da por muy legítimo, o al menos se mira como excusable, el emplear el error como arma de oposición, y el combatir la verdad misma, si con ella se escuda el adversario. Doctrina funesta así a la ciencia como a la moral, pues que, despojada del falso aparato con que se la cubre, no es más que la canonización de la mala fe.

No desconocemos los beneficios traídos por la prensa; admiramos como el que más ese conducto eléctrico que en un momento comunica a un pueblo, a una nación, al mundo, los pensamientos de un hombre; pero necesario es confesar que jamás se verificó un abuso como el que de este medio están haciendo

las naciones civilizadas. La prensa es una nueva palabra, instantánea, general, duradera; y de ella sí que podría afirmarse lo que tan malignamente aplicaba Talleyrand a la oral, diciendo que era concedida al hombre para disfrazar sus pensamientos.

Todo se da por bueno si favorece; todo por malo si contraría; se juzga de una opinión no por su verdad intrínseca, sino por su valor instrumental; hay una verdadera acepción de doctrinas como la hay a veces de personas; así como en éstas se arrumba el mérito para atender únicamente a la recomendación que llevan, o al interés o afecto que inspiran, en aquéllas || se deja a un lado la verdad, y sólo se mira el uso a que pueden servir. Es el principio utilitario aplicado a las ideas.

II

Esta parcialidad se encuentra especialmente en las cuestiones sociales, políticas y administrativas, pero no están exentas de ella las demás, por tener a menudo puntos de contacto con las primeras. La nación que en esta materia ha ofrecido el principal escándalo ha sido la Francia; escándalo tanto más funesto cuanto las escuelas francesas ejercen grande influjo, sobre todo en el Mediodía de Europa. Las revoluciones religiosas y políticas de Alemania, de Inglaterra y demás países del Norte acontecieron en épocas en que la prensa no había tomado ni de mucho el vuelo que hoy; hallábase limitada a obras de alguna extensión y, por consiguiente, más meditadas, y donde podían tener menos parte las pasiones del momento. Verdad es que los folletos no eran cosa desconocida y que contribuyeron también a la exaltación de las pasiones populares y al favor de ciertas miras; pero la prensa no había conocido la fuerza que podía adquirir con una acción continua. El periodismo propiamente dicho no existía; faltaba, por tanto, el principal medio || que ahora tiene la prensa de dirigir todas las grandes cuestiones e influir en todos los negocios.

La inteligencia por sí sola no se había erigido en poder; éste no era considerado como legítimamente poseído, y mucho menos ejercido, si no estaba vinculado con determinado rango social o con alguna institución respetable. Así, los primeros ensayos del periodismo versaron sobre objetos científicos y literarios, y se ocuparon en la crítica de las obras que veían la luz pública. Los artículos de costumbres fueron un gran paso para acrecentar la acción e influencia de los periódicos: con la crítica de las costumbres quedaban de hecho erigidos en censores de la sociedad; un paso más y se les venía a la mano la censura de la política.

Cuando la revolución de 1789, la Europa había sufrido ya el lento cambio que preparaba el ascendiente de la inteligencia, considerada en sí misma y con independencia de las clases e instituciones; por cuyo motivo, tan luego como se trabó la gigantesca lucha entre lo antiguo y lo nuevo apareció cual uno de los principales contendientes la prensa periódica. Este ejemplo influyó natural-

mente en el resto de Europa y de América, particularmente en los países sometidos a un régimen de libertad política; y en Inglaterra y en los Estados Unidos tomó bien pronto el naciente fenómeno dimensiones colosales. En estos || dos países la discusión ha podido ejercitarse de otra manera que en Francia: la Francia era un país viejo en que se planteaba de repente un sistema nuevo; la sociedad de los Estados Unidos se levantó por su independencia y libertad, y después de la victoria no se halló con opiniones encontradas, ni intereses en pugna; la Inglaterra era un país amaestrado ya en la dura escuela de las revoluciones, disfrutaba de un régimen nacido de ellas, y por lo mismo tenía más embotada la susceptibilidad y menos anhelo de mudanzas.

En la revolución inglesa descollaba el fanatismo religioso, en la americana el sentimiento de independencia nacional, en la francesa preponderaba el filosofismo; estos caracteres no se han borrado todavía de la frente de estas naciones. En las cuestiones sociales y políticas de la Gran Bretaña figura siempre en primer puesto la Irlanda, esa gran víctima, terrible personificación de todas las víctimas de la persecución religiosa; la patria de Washington se conmueve todavía al menor asomo de prepotencia de su antigua dominadora; en Francia encontraréis aún en la sociedad, en las cámaras, en el poder, personificada la filosofía en Lamennais, en Lamartine, en Cousin. En este último país la filosofía ha dañado a la política, pero, en cambio, la política ha dañado a la filosofía: esta amalgama ha hecho que la política participase de || la abstracción teórica, y que la filosofía se resintiese de la mezquina estrechez de la práctica; los sistemas puramente ideales se apoderaron del gobierno, intereses de momento penetraron en la región de las ideas.

He aquí una de las diferencias características entre la Francia y la Alemania. En ésta la política es eminentemente práctica y, por tanto, más juiciosa; la filosofía es eminentemente abstracta y por lo mismo es más concienzuda. Y adviértase que no decimos *sólida* ni *verdadera*, sino *concienzuda*; porque las opiniones más extravagantes se profesan a veces con la mayor buena fe. Los filósofos alemanes no han cambiado las instituciones sociales y políticas de su país, no han pasado del bufete al ministerio, de la cátedra a la tribuna; encerrados en sus gabinetes, sedientos de una verdad que no han de encontrar porque la buscan donde no está, se entregaron a penosos estudios, a meditaciones profundas; allí pasaron sus días ofreciéndolos en holocausto a la ciencia. Kant no salió nunca de Königsberg. De los hombres que en Francia figuran en los primeros puestos del Estado no puede ciertamente decirse lo mismo. ¿Quién ignora lo que son ahora, y lo que eran antes de la revolución de 1830, Cousin y Villemain, Thiers y Guizot? La revolución, debilitada por sus excesos y hasta por sus triunfos, y vencida en fin por la Santa Alianza en los años de 1814 y 1815, se disfrazó durante la || restauración con el manto de la filosofía; vino la nueva era de 1830; las cátedras quedaron desiertas, la revolución no necesitaba su disfraz, quitóse la máscara y tiró su manto. En cierta época, M. Cousin, que después ha sido ministro *conservador*, rodeado de sus discípulos, les leía en misterioso secreto las páginas de los periódicos de la revolución, cual otro Sócrates

iniciando a sus adeptos en los arcanos de recóndita sabiduría; pero M. Cousin ha conquistado una posición brillante, y Sócrates bebió la cicuta; para palpar la diferencia no habíamos menester que el filósofo francés tuviese la singular humorada de hacer, como hizo, la apología de los jueces del filósofo griego.

Hubo un tiempo en que el genio andaba con mucha frecuencia hermanado con la desdicha y la pobreza: Horacio y Virgilio necesitaron un Mecenas; Cervantes y Shakespeare vivieron y murieron pobres; Tasso sufrió la miseria; Camoens mendigaba su sustento. Esto era una injusticia social; pero bajo cierto aspecto producía un gran bien; el camino de la inmortalidad no era paralelo con el de las riquezas y de la ambición; la ciencia era un medio mal seguro para amontonar tesoros o escalar encumbrados puestos; y por esto mismo era más sólida, más grave, más paciente, y sobre todo más cándida y sincera. ||

III

Si la codicia y la ambición contaminan las ciencias, el febril ardor de la atmósfera en que viven los hombres de la presente época las malea y extravía. Hasta los corazones bien nacidos, hasta aquellos hombres de convicción firme, intención recta y expresión osada e independiente, es casi imposible que no se resientan de las pasiones de su tiempo, como el viviente del elemento en que respira. Antes, no sólo estaban la sociedad y la política separadas de la ciencia, sino que la misma ciencia se hallaba distribuída en distintas clases que no se rozaban, que moraban en regiones totalmente diferentes. ¿Qué tenían que ver con la jurisprudencia las ciencias naturales, ni la poesía con la organización social y política de los pueblos? En la actualidad, todo se toca, cuando no se confunde; los conocimientos han de ser universales; una obra completa sobre una ciencia particular es poco menos que una enciclopedia. Los filósofos se elevan a la cumbre del gobierno, los comerciantes llegan a ser hombres de Estado, los médicos y los naturalistas tratan de metafísica, de moral, de religión, y los defensores de la religión y de la moral han de abarcarlo todo, porque se los interroga o ataca en todas materias y bajo todos los aspectos. ||

La intervención popular en todo linaje de negocios se ha hecho efectiva bajo los gobiernos libres como bajo los absolutos. Todos nos ocupamos de todo; de palabra o por escrito, pública o privadamente, todo se ventila, se somete a discusión, se aplaude o censura, y la influencia que de esta intervención resulta podrá ser más o menos directa, más o menos pronta, más o menos visible, pero siempre es eficaz.

Uno de los caracteres distintivos de los escritos de nuestra época es que el autor se manifiesta ocupado, si no afectado, de los objetos que le rodean. Quizás no se haya reparado bastante en esta particularidad, y así no será fuera del caso hacerla sensible, aclarando la observación por medio de un cotejo. Recorred las obras de los siglos anteriores, aun de los más agitados y turbulentos, y veréis que los autores escriben con una calma envidiable, con una abstracción

incomprensible. Será tal vez durante las guerras entre los señores y los comunes, entre el feudalismo y la monarquía, y, sin embargo, los escritos llevan el sello de la tranquilidad más sosegada. No parece sino que el autor se trasladó a un desierto y que nada sabía de lo que en el mundo pasaba. Mientras arde el país en vivas discordias y se derrama a torrentes la sangre, ellos hablan calmamente de política, y van a buscar las razones y los hechos en las sociedades griega y romana. ¿Era miedo? Ciertamente que no; pues en || las crónicas nos refieren lo que está sucediendo y no hay motivo para callar en un caso lo que expresan en otro. Además, que antes de la invención de la imprenta los escritos no alcanzaban tan fácilmente publicidad, y muchos de los que actualmente disfrutamos, quizás a ella no los destinaba el autor. Estas razones no militan para después de la invención de la imprenta, en cuyo tiempo se verifica también en cierto modo el mismo fenómeno; pero tampoco es posible atribuir a miramientos o temor lo poco que se fijan los autores sobre lo que en su alrededor acontece. En una obra publicada en Alemania podíase decir de la Italia todo lo que se quisiese; y ni Isabel de Inglaterra ni Felipe II de España se hubieran cuidado mucho de lo que se dijera en su reino sobre la organización social y política de los pueblos gobernados por el odiado rival.

La causa, pues, de la diferencia que estamos indicando consiste en el espíritu de los tiempos, en que a la sazón se estudiaban los libros y no la sociedad. Esta es ahora como una escena que se ejecutara en un salón cubierto de grandes espejos: todos los actores tienen doble atención, directa sobre lo que ejecutan, refleja sobre la misma ejecución reproducida en el espejo. La observación continua del hombre y de la sociedad, en todas sus partes, bajo todos aspectos, en todas sus relaciones, he aquí la señal característica del || espíritu humano en este siglo. La poesía, la literatura, la historia, las mismas ciencias naturales y exactas, las metafísicas, las religiosas y morales, todo se endereza a este punto, todo converge hacia él, por distinto que sea el objeto inmediato.

Esto sería un bien de alta importancia si las convicciones fuesen más frecuentes y robustas; porque el espíritu, hallándose afectado más vivamente, se expresaría con mayor entonación, empleando un acento más alto y penetrante; pero desgraciadamente el escepticismo ha hecho estragos hasta en las materias más graves y trascendentales, y un entendimiento escéptico es inseparable compañero de un corazón seco. ¿Qué importa la sensibilidad más o menos delicada con que pueda haber favorecido la naturaleza? Dejad que algunos desengaños hayan venido a marchitar las ilusiones, bien pronto veréis que desaparece esa sensibilidad natural, como de un frasco vacío y expuesto al aire se escapan los restos del delicioso aroma.

IV

Comparando nuestro siglo con los precedentes se echa de ver que antes las facultades del espíritu humano se ejercitaban y desarrollaban aisladamente;

ahora se desenvuelven con simultaneidad. Quién se || entregaba a la imaginación, quién a los sentimientos, quién cultivaba la razón, quién la memoria; pero acontecía con mucha frecuencia que el hombre ocupado en uno de estos objetos conocía apenas otro diferente. Los poetas, los literatos, los eruditos, los filósofos eran clases que tenían entre sí poco contacto, y no se había creado esa homogeneidad que asemeja en cuanto es posible a todos los hombres de alguna ilustración. En la actualidad se piensa sintiendo, se siente pensando, se amonтона erudición, pero se filosofa sobre ella; se trata de filosofía, pero se la siembra de erudición; el poeta razona como un filósofo; el filósofo canta como un poeta; ambos disertan como un erudito, y éste a su vez suelta cuando le viene en gana el fárrago de sus noticias, y os entretiene largo rato con narraciones de novelista, con observaciones filosóficas o con los armónicos acentos de un vate.

Lo que se verifica entre los hombres formados desciende también a los rudimentos de la educación; un niño aprende de una vez muchas cosas, y, lejos de limitarse al catecismo y al latín, estudia la geografía, la historia, la literatura, la poesía, la ideología, y recibe noticias de todo en diminutas enciclopedias.

En ningún país del mundo se puede notar mejor esta diferencia que en España. En los demás, el mundo antiguo ha desaparecido mucho tiempo ha, || pero entre nosotros es tan reciente su destrucción y se conservan todavía tantos de sus restos, que es muy fácil hacer este cotejo. Para convencerse de esto es necesario salir de la región de los escritores y descender a la sociedad; porque muchos de los que escriben, o han recibido ya en un principio educación e instrucción a la manera del siglo, o, conocedores de las necesidades de la época, han cuidado de procurarse conocimientos que los elevasen al conveniente nivel, y se han acomodado a las nuevas formas que, más o menos convenientes, se han hecho, no obstante, indispensables.

Cuando se compara el mundo antiguo con el nuevo no es menester, como algunos creerían quizás, ceñirse a los hombres de cierta edad, instituyendo la comparación entre ancianos y jóvenes. Lo nuevo y lo antiguo han marchado paralelos entre nosotros por espacio de medio siglo, con las alternativas de clandestinidad a que recíprocamente se han condenado, según andaran los respectivos tiempos y fortunas, y así es que se han formado crecido número de hombres en una y otra escuela, que ahora se encuentran cara a cara, y que así se entienden entre sí como allá en los siglos medios entenderse pudieran árabes y germanos.

La fijeza de principios, la unidad de miras caracterizan a los alumnos de la escuela antigua; la vaguedad de éstas y la movilidad de aquéllos distinguen || a los de la escuela moderna; en los unos prevalecen y dominan las creencias religiosas, las máximas morales; en los otros preponderan los intereses materiales, el gusto por una civilización brillante y seductora, la tendencia a cierto progreso social, vago, indefinido, de que ellos mismos no alcanzan a darse razón. Los primeros se señalan por un raciocinio severo, pero seco; los segundos por una exposición oratoria, pero inexacta; aquéllos no comprenden la sociedad nueva, éstos, en cambio, no conocen la antigua; son pueblos que han plantado sus

tiendas en un mismo país, pero que hablan distinta lengua, vienen de regiones diferentes y se encaminan a región diferente también. ¡Dichosos los hombres que, conociendo la lengua de ambos, puedan mantener relaciones leales con unos y otros, sirviéndoles primero de intérpretes y luego de conciliadores!

Los que pertenecen a la escuela antigua están en posesión de principios de eterna verdad; los que se han inscrito en la moderna se han apoderado del movimiento del siglo; ¿por qué no podrían entenderse y avenirse? Ni cabe transacción en materias de verdad, ni es posible detener el siglo en medio de su veloz carrera; pero ¿es por ventura la verdad enemiga del movimiento, ni el movimiento incompatible con la verdad?

El universo entero está entregado a un movimiento || incesante, a pesar de hallarse sometido a leyes constantes y fijas: el planeta que describe su órbita con la misma regularidad que la aguja de un péndulo no deja de seguir su carrera con la velocidad del rayo.

Esta conciliación, que es, a no dudarlo, una de las primeras necesidades de nuestra época, y cuya satisfacción presenta de cierto un complicadísimo problema que resolver, puede, sin embargo, obtenerse a fuerza de trabajo, de perseverancia, y sobre todo de buena fe. Más o menos, el problema está por resolver en todos los países civilizados; pero en España es urgente, apremiador, porque no sólo se refiere al porvenir, como en otras naciones, sino que se liga íntimamente con la situación actual, se enlaza con los demás de interés presente, inmediato; y todo cuanto se haga para aplazarle indefinidamente no es más que prolongar las angustias y dolores de un enfermo que sufre.

Estas consideraciones nos hacen desear con ansia que cuantos toman parte en la discusión de las cuestiones que motivan nuestras desavenencias procuren, en lo posible, abstenerse de irritar las pasiones, ocupándose de cosas, no de personas, y mostrando con lenguaje cuerdo y mesurado que se pugna lealmente por la causa de la verdad, que no influye en el ánimo el espíritu de resentimiento y de venganza.

Defiéndanse enhorabuena los sanos principios con || aquel hidalgo calor, con aquella robusta entonación que nacen de profundas convicciones, que inspira el interés de una causa noble; no importa que en el acento se deje conocer la indignación de un pecho herido por el descaro de la mentira o la impudencia de la injusticia; lo aplaudimos con toda la efusión de nuestra alma, porque sabemos que el corazón se ha dado al hombre para sentir, y que la religión y la razón declaran santa una indignación que por tales motivos se concibe; lo aplaudimos, porque tenemos fe en el triunfo de la verdad y de la justicia, y no creemos que sean impotentes y estériles las voces que en su defensa se levanten. Pero no olvidamos tampoco que la vehemencia no es el insulto, que la indignación no es la rabia, que una protesta enérgica e hidalga no es el repugnante aullido de ciega desesperación. Sólo a los débiles que en ella se agitan con impotente cólera les es tolerable el estéril desahogo de abrumar al adversario con indecorosos denuestos. El fuerte que está seguro de tener la razón de su parte pronuncia algunas palabras firmes, pero mesuradas. Si no producen efecto, con la mano puesta sobre el cora-

zón protesta ante Dios y los hombres de la injusticia que se le irroga, y se retira sosegado y calmoso, diciendo en su interior: «Mi hora sonará.»

La verdad y la justicia no han menester armas innobles, ni los esfuerzos de un delirante; en su propio || seno llevan la seguridad del triunfo, su más bien templado escudo es la santidad de su causa. No empañéis su lustre escoltándolas con indigno cortejo; no creáis robustecerlas dándoles auxiliares villanos; no hagáis que se defiendan con armas vedadas; éstas les asientan mal, contaminan su mano, las degradan y envilecen, como a caballeros hidalgos y valientes las tretas de la alevosía o el puñal del asesino. ||

LA PRENSA*

SUMARIO.—El uso y el abuso. La prensa es una nueva lengua. Palabras notables de León X. Universal influencia de la prensa. Sus relaciones con la religión y con la impiedad. Ignorancia de muchos incrédulos. Bienes que resultan de la prensa. Es necesario confiar en Dios. La discusión y la religión. Observaciones sobre el texto citado del papa León X. Previsión y prudencia del Sumo Pontífice. Fuerza que el pensamiento ha adquirido por medio de la prensa. Hechos históricos. La opinión pública. Influencia de la prensa en arraigar, fortalecer y extender la intervención popular en los negocios públicos. Los antiguos y los modernos: excelencia de éstos sobre aquéllos. Influencia del cristianismo en el desarrollo del espíritu humano.

La prensa comenzó dando a luz la Biblia, y ha descendido hasta el lenguaje de las verduleras; como la música, la poesía, la pintura nacieron en los templos, y han bajado hasta los burdeles y tabernas. Pero de la propia suerte que los poetas ramplones no desacreditan a Homero, Virgilio y Tasso, que las sonatas de un mal instrumento nada quitan a los acentos de Rossini y de Mozart, y los prodigios de Miguel Angel y de Rafael nada pierden de su mérito sublime por || existir mamarrachos en patios y esquinas, tampoco debe caer en desprecio la prensa porque algunos la hayan desacreditado por sus desmanes y excesos. El abuso y el uso son cosas que no deben confundirse jamás; si para destruir aquél se debiera prohibir éste, apenas existiera nada sobre la tierra. ¿De qué no abusa el hombre? Abusa de su entendimiento, de su voluntad, de todas sus potencias y facultades, de sus sentidos, de su cuerpo, de su fortuna, de su reputación, de sus relaciones, de todo cuanto le rodea, porque no hay mal que no se consume abusando del bien: hasta el blandir aleve acero que desgarrar un pecho inocente es un abuso de la mano y de un metal, instrumentos preciosos que nos ha concedido el Criador para labrar nuestra dicha.

Si bien se observa, la prensa no es más que una manera de hablar: es una

* [Nota bibliográfica.—Este artículo fué publicado en el cuaderno 6 de *La Sociedad*, correspondiente al día 15 de mayo de 1843, volumen I, p. 253. Después de la muerte de Balmes fué reimpresso varias veces con la colección de la revista. Reproducimos el texto de la primera edición. El sumario es de Balmes, puesto en el índice del volumen I de la revista.

Nótese que Balmes publicó otro artículo con este mismo título el día 28 de mayo de 1845 en *El Pensamiento de la Nación*, que puede verse en el volumen XXVIII de nuestra colección.]

especie de lengua que sólo se diferencia de la común en que suena más alto, se hace oír con más rapidez y universalidad, y deja consignado e indeleble para mucho tiempo todo lo que dice. Es una perfección del órgano que nos ha dado la naturaleza; es un suplemento a su debilidad, a su poco alcance, a la breve duración de sus sonidos; como lo es también la escritura, como lo son todos los signos de que el hombre se ha valido para extender y conservar su palabra; no siendo otra cosa que el más perfecto entre estos signos, una manera más perfecta de || escribir y, por tanto, de hablar. La imprenta es a la escritura lo que son al dibujo el arte daguerrotípico y todos los demás que tienen por objeto trasladar de un golpe al lienzo, al papel u otra tabla cualquiera lo que la mano del dibujante no podría hacer sino con mucha lentitud y procediendo por partes.

Con estas observaciones se deja en claro el mérito que encierran las declaraciones que en pro y en contra de la prensa se están oyendo todos los días: es un hecho como los demás que existen en el mundo; es un bien cuyo abuso constituye un mal; si por esta razón se intenta condenarla, condénense la pintura, la escultura, la poesía, la música; condénense todas las ciencias, todas las artes; condénense el cuerpo del hombre, sus sentidos, su voluntad, su entendimiento, su espíritu inmortal; condénese todo cuanto hay más respetable, más santo, más augusto sobre la tierra, pues que desgraciadamente el hombre de todo abusa. Se habla de inconvenientes; ¿y dónde no existen? Se lamentan los males; ¿cuántas cosas hay que no los acarreen directa o indirectamente, cuando no sea por otra causa, por la manera con que de ellas nos valemos? El lenguaje, cuyo auxiliar es la prensa, a la par de sus buenos efectos, ¿no los produce también malos y de trascendencia incalculable? ¿Han podido olvidarse los proverbios en que la sabiduría de la experiencia ha compendiado el bien y el mal que || hace la lengua según el modo con que la empleamos?

Se habla mucho de esta *lepra de las sociedades modernas*, de ese *elemento disolvente*, usándose a cada paso expresiones semejantes. Reconocemos como el que más los daños acarreados a las sociedades modernas por ese instrumento terrible, por ese formidable agente, órgano del entendimiento e imagen de su inmensa actividad, de su fuerza expansiva, de su increíble rapidez; pero tampoco podemos echar en olvido los bienes de que le son deudoras las ciencias, las artes, la sociedad, la religión misma. Así miramos como un singular favor del cielo la sublime inspiración que tantos beneficios nos trajera; estando de acuerdo sobre este particular con el gran papa León X en el concilio de Letrán celebrado en 1515, cuando, proponiéndose remediar y precaver los males acarreados por la prensa ya en aquella sazón, tributaba, no obstante, los mayores elogios al sublime descubrimiento, mirándole como un favor particular del cielo: *Ars imprimendi libros, temporibus potissimum nostris divino favente numine, inventa, seu aucta et perpolita, plurima mortalibus attulerit commoda*, etc. Es notable que ya en aquella época, aun antes de la aparición del protestantismo, y cuando el arte de imprimir estaba todavía tan próximo a su cuna, se cometían notables y numerosos excesos que la autoridad apostólica se ve precisada a

reprimir. En diversas || partes se publicaban *libros en idioma latino y vulgar; ya originales, ya traducidos del griego, del hebreo, del árabe, del caldeo, en los que se propagaban errores y perniciosos dogmas contrarios a la religión cristiana; y lo que es todavía más particular, se dirigían ataques contra las personas aun las más condecoradas por su elevada dignidad, resultando de esto grandes errores en la fe y en la vida y costumbres, originándose repetidos escándalos, cuya gravedad enseñaba ya la experiencia, y temiéndose para en adelante otros mayores.* Ya entonces se recelaba que *una invención saludable, destinada a la gloria de Dios, al robustecimiento de la fe y a la propagación de las buenas artes, no sirviese para todo lo contrario, dañando a la salud de los fieles, haciendo crecer espinas junto con las semillas buenas y mezclando el veneno con la medicina.* No cabe apreciar con más pulso, con más prudencia los efectos buenos y malos de la prensa; no cabe más moderación en distinguir el abuso del uso y en reconocer en el descubrimiento un gran beneficio de la Providencia, a pesar de la manera dañosa con que de él se servía la malicia de algunos hombres.

Recordamos con mucho placer las graves sentencias de aquel Sumo Pontífice, para que se vea que la cuestión de la prensa es ya muy antigua, para hacer notar que lo que han dicho posteriormente de más grave y juicioso los publicistas y legisladores lo había || compendiado en pocas palabras mucho antes que ellos un Papa, y al mismo tiempo para evidenciar cuánta prudencia, cuánta previsión manifestaron en este negocio los Romanos Pontífices. Es por cierto muy curioso e interesante el ver ahora cómo luchan con la agobiadora dificultad los mismos que miraran tal vez como *horrendos atentados contra la libertad humana* las providencias de los Papas en que se procuraba contener el abuso de esa arma terrible, poniéndole algunas limitaciones para que no se atacase la fe, no corrompiese las costumbres y respetase *el decoro de las personas constituidas en dignidad.* Ya en aquellos tiempos el mal era mucho y el peligro mayor; ya desde entonces la cátedra de San Pedro, depositaria de la verdad y vigilante atalaya de los más sagrados intereses de las naciones, las amonestaba de los riesgos que consigo traería esta invención en los siglos futuros¹. ||

«*Leo X in Concilio Lateranensi*

»Inter sollicitudines nostris humeris incumbentes, perpeti cura revolvimus, ut errantes in viam veritatis reducere, ipsosque lucri facere Deo (sua nobis cooperante gratia), valeamus; hoc est quod profecto desideranter exquirimus, ad id nostrae mentis sedulo destinamus affectum, ac circa illud studiosa diligentia vigilamus. Sane licet litterarum peritia per librorum lectionem possit faciliter obtineri, *ac ars imprimendi libros, temporibus potissimum nostris, divino favente numine, inventa seu aucta et*

¹ Hemos presentado ya las sentencias del citado Papa; pero deseosos que los lectores se formen clara idea de la prudencia, moderación y previsión que encierra el indicado documento, transcribiremos original su preámbulo:

perpolita, plurima mortalibus attulerit commoda, cum parva impensa, copia librorum maxima habeatur, quibus ingenia ad litterarum studia percommode exerceri, et viri eruditi in omni linguarum genere, praesertim autem catholici, quibus Sanctam Romanam Ecclesiam abundare affectamus, facile evadere possunt, qui etiam infideles sciant et valeant sacris institutis instruere, fideliumque collegio, per doctrinam christianae fidei salubriter aggregare: quia tamen multorum querela nostrum et sedis apostolicae pulsavit auditum, quod nonnulli huius artis imprimendi magistri, in diversis mundi partibus libros, tam Graecae Hebraicae, Arabicae et Caldeae, linguarum in latinum translatos, quam alios latino ac vulgari sermone editos, errores etiam in fide, ac pernicioso dogmata, etiam Religioni Christianae contraria, aut contra formam personarum, etiam dignitate fulgentium continentes, imprimere ac publice vendere praesumunt, ex quorum lectura non solum legentes non edificantur, sed in maximos potius tam in fide, quam in vita et moribus prolabuntur errores, unde varia saepe scandala (prout experientia rerum magistra docuit) exorta fuerunt, et maiora in dies exoriri formidantur. Nos itaque, ne id, quod ad Dei gloriam et fidei argumentum, ac bonarum artium propagationem, salubriter est inventum, in contrarium convertatur, ac Christi fidelium saluti detrimentum pariat, super librorum impressione curam nostram habendam fore duximus, ne de caetero cum bonis seminibus spinæ coalescant vel medicinis venena intermiscantur.»

La acción de la imprenta se ha extendido a todos los órdenes, ha obrado en los sentidos más diferentes, no siendo posible señalar ninguna institución sobre la cual no haya ejercido notable influencia. La religión, la sociedad, la política, las ciencias, la literatura, las bellas artes, todo se ha resentido de la portentosa invención; todo tiene mucho que agradecerle || y no poco de que acusarla. Mas por lo mismo que la acción del nuevo agente era tan universal y eficaz, necesario es resignarse a encontrar el bien al lado del mal: el mismo sol que alumbraba, fecunda y embellece la tierra, agosta con sus ardores las campiñas, corrompe las lagunas, y, levantando exhalaciones pestilentes, siembra la desolación y la muerte por extendidas comarcas.

Mucho tiene que lamentarse la religión, pero, en cambio, no poco de que alegrarse; pues si bien es verdad que la imprenta ha servido para difundir los errores y preparar esa era de incredulidad y escepticismo que nosotros alcanzamos, también lo es que la ciencia religiosa se ha levantado a un punto a que de otra manera le fuera difícil llegar, y que la misma contradicción que ha sufrido la fe católica ha hecho que se demostrase la solidez de sus fundamentos con una evidencia, con un caudal de erudición y de saber, que sin el poderoso vehículo de la imprenta quizás no se hubiera logrado. Sin este auxiliar, ¿cómo sería posible que disfrutásemos de esa muchedumbre de ediciones de la Biblia, hebreas, caldaicas, siríacas, griegas y en tantos otros idiomas? ¿Cómo sería dable que los sabios tuviesen a la mano aquellos riquísimos depósitos, que

todos contribuyen a manifestar la verdad de nuestra santa religión, su augusta antigüedad y los demás títulos que la acreditan de divina? Y las innumerables || paráfrasis, y las interpretaciones, y los comentarios, y tantos trabajos como se han hecho sobre el Sagrado Texto por los Santos Padres y Doctores eclesiásticos, ¿cómo se hubieran podido generalizar, y muchos de ellos ni tal vez conservar, sin el socorro de la imprenta? ¿Y qué diremos de las ediciones de los concilios, de las obras de los Santos Padres, de las decisiones pontificias, de los escritos de los teólogos y canonistas, de los apologistas de la religión que la han defendido a la luz de las tradiciones, de la crítica, de la historia, de la cronología, de la filosofía, de las ciencias naturales y exactas, que han interrogado la inmensidad del cielo, han preguntado a las entrañas de la tierra, han sondeado los misterios de la metafísica, han penetrado en la noche de los tiempos, han evocado los antiguos pueblos, con sus legisladores, sus sabios, sus sacerdotes, y ora recogiendo la preciosa verdad, ora señalando la negrura del error, se han aprovechado de todo para defender la augusta religión del Crucificado y desbaratar a sus obstinados enemigos? Reflexionemos que si la imprenta ha sido arma terrible cuando la ha manejado el genio del mal, también ha sido un beneficio inestimable en manos de la Providencia. ¿Quién es capaz de calcular el daño acarreado por la propagación de los malos libros? Pero ¿quién calculará tampoco el bien producido por los buenos? Extendiéronse || las obras de Lutero, de Calvino, de Melanchton, de Teodoro de Beza, de Ecolampadio, de Jurieu, pero a su vez se difundieron de la propia suerte las de los antiguos Padres, las de Santo Tomás de Aquino, de Melchor Cano, de Belarmino, de Suárez, de Petavio, de Natal Alejandro, de Bossuet y otros innumerables con cuyos nombres se honra la causa de la verdad. En tiempos más cercanos se han hecho numerosas ediciones de las obras de Voltaire y de los filósofos de su escuela; pero ¿son pocas acaso las que se han publicado también de los apologistas católicos? Voltaire se propuso mostrar el cristianismo como cosa despreciable, ridícula, enemiga de la ciencia, de las bellas artes, e inconciliable con todo adelanto social; Chateaubriand acometió la noble empresa de manifestar todo lo contrario, demostrando que la religión de Jesucristo está en inefable armonía con todo cuanto hay de grande, de sublime, de bello, de tierno; y preguntaremos nosotros: ¿Qué obras se han difundido más, las del filósofo de Fernel o las del Cantor de los Mártires? ¿Cuáles se han traducido a mayor número de lenguas? En igual tiempo, ¿de cuáles se han tirado y expendido mayor número de ejemplares? ¿Cuáles andan en manos de mayor número de personas? Esto lo saben los versados en la bibliografía; pero hasta cierto punto no puede ignorarlo quien alcance siquiera a leer. Entrad en un gabinete, ora pertenezca a un sabio, || ora a una persona medianamente instruída; recorred los estantes de sus libros; pocas veces encontraréis a Voltaire, casi siempre a Chateaubriand.

Los que han dicho que la imprenta había sido un golpe de muerte para la causa de la *superstición* y del *fanatismo*, es decir, según ellos, para la causa de la religión católica, se han mostrado bien poco conocedores de la historia científica y literaria de Europa desde la invención de Gutenberg. Sucédeles a no

pocos de los adversarios de la religión que, habiéndose formado en un pequeño círculo de hombres y de libros, se imaginan que no existe otro mundo que aquel donde han vivido; manifestando a menudo tan crasa ignorancia de lo que ha pasado y está pasando todavía fuera de los estrechos límites de la región en que se han encerrado, que bien han menester la tolerancia de otros que han alcanzado mayor extensión de noticias y más elevación de ideas. No les habléis a esos hombres de tal o cual ilustre apologista de la religión, no les mentéis los trabajos que se están haciendo en este o aquel sentido; nada saben de cuanto les decís; paréceles bien extraño que haya todavía necios que se ocupen en defender una causa que creían *fallada sin apelación*. Saben el nombre de Bossuet, pero quizás nunca abrieron sus obras; conócenle porque han visto acá y acullá que se habla del ilustre obispo de Meaux, porque han oído apellidar su escuela, || o porque en las obras de literatura le han hallado en el catálogo de los oradores eminentes. ¿Pronunciáis el nombre de Belarmino? Quizás ignoran hasta la existencia del insigne cardenal; o si a tanto no llega su falta de noticias, tal vez no tienen de él otro conocimiento que el haber oído hablar de no sé qué doctrinas sobre la potestad temporal de los papas. Si recordáis el nombre de Santo Tomás de Aquino, notaréis desde luego que no lo reputan bueno para otra cosa que para alimentar la curiosidad de los escolásticos; y si citáis algún Santo Padre, conoceréis que, sin haber visto nunca sus obras, las miran como antiguallas, sólo respetables por el tiempo que sobre las mismas ha transcurrido. Así, imaginándose que los católicos viven en estrechísima esfera donde no se respira otro aire que el de los seminarios conciliares o de los claustros, paréceles inconcebible que haya todavía hombres *ilustrados* que sostengan o *aparenten* sostener doctrinas que caducaron para no rejuvenecer jamás.

A los ojos de estos hombres, verdaderamente preocupados por la impiedad y dignos de lástima por su ceguera, la imprenta fué la muerte de la religión católica, y es en la actualidad y será en adelante la más segura garantía de que no podrá resucitar. Lejos de participar de semejantes temores, abrigamos la firme convicción de que la misma imprenta || será uno de los medios de que Dios se servirá para hacer triunfar la religión verdadera, haciéndole reconquistar el terreno perdido; esperamos que, así como la Providencia ha hecho ya que por este vehículo se esclareciesen admirablemente las más profundas cuestiones y se diese solución cabal a las dificultades con que los enemigos de la religión se proponían abrumarla, así también hará en adelante que en la profusión con que se derraman los libros de todas clases prevalezcan en número y en atractivo los útiles y los saludables; y pues que, atendido el curso ordinario de las cosas, no es dable impedir la circulación del veneno, al menos se propinará en abundante cantidad el preservativo con las sanas doctrinas que forman el verdadero alimento en los espíritus. No, no nos asusta ese prodigioso movimiento que en las sociedades modernas se despliega, y que se hace sentir particularmente en las producciones de la prensa; no nos asusta el ver substituído a la fuerza del hombre el vapor dando impulso al admirable mecanismo que con rapidez instantánea lanza y fija sobre el papel las concepciones del humano entendimien-

to, multiplicándolas en escasísimo tiempo de una manera asombrosa; aquellas máquinas que estampan los pensamientos del genio del mal estampan del mismo modo las revelaciones hechas por Dios al hombre, conservan las augustas tradiciones de los tiempos primitivos, consignan || los descubrimientos que la historia y la filosofía están haciendo en pro de la causa de la verdad, reproducen en abundancia los libros de educación donde encuentra la niñez sanos principios que le enseñan la verdadera fe y la purísima moral de Jesucristo, y cien y cien otros escritos que bajo diferentes formas, en distintos aspectos, en variados estilos, en todas las lenguas, cuentan como los cielos la gloria del Señor y anuncian como el firmamento las obras de sus manos.

Es indigno de espíritus católicos el asustarse a la vista de semejante movimiento y el abrigar desmedidos temores con respecto a las consecuencias de tan sorprendente desarrollo: ya que sabemos que la Iglesia católica ha de durar hasta la consumación de los siglos, que contra ella no prevalecerán las puertas del infierno, que así lo tenemos prometido por Aquel cuya palabra no pasa sin cumplimiento, y que los hechos han de venir a confirmar y demostrar verdadera, no podemos dudar ni un momento de que tiene preparados los remedios oportunos para curar el mal que originarse pueda en circunstancias nuevas, ni debemos desfallecer a la vista de los peligros, por más insuperables que se ofrezcan a nuestra pequeñez y debilidad.

Cuando el divino Fundador de nuestra religión envió a los apóstoles a predicar el Evangelio por todo el universo, no ignoraba las revoluciones y mudanzas || de que el mundo había de ser teatro. Patente estaba a sus ojos cuanto había de suceder en los siglos venideros; y veía ya el momento en que surgiera de la cabeza de Gutenberg la sublime invención, y veía el profundo cambio que esto había de producir, el irresistible impulso que con esto habían de adquirir las ideas, y los abusos a que se habían de arrojar la volubilidad, la flaqueza y el orgullo del espíritu del hombre; veía los peligros que la fe estaba destinada a correr en tantos entendimientos, y los naufragios que en muchos sufriría, y las pérdidas que esto debía acarrear a su religión sacrosanta; veía todo esto, y sin embargo dijo: *Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.* Admiramos, pues, con humilde reconocimiento su inefable dignación en salvar la combatida nave hasta el tiempo que nosotros alcanzamos; y por lo tocante a los peligros del porvenir, dejemos al Todopoderoso el cuidado de conservar su obra. ¿Dónde estábamos nosotros cuando establecía los fundamentos de la tierra, cuando señalaba sus límites al mar, cuando extendía el cielo como un magnífico pabellón, y alumbraba la inmensidad del firmamento con torrentes de luz salidos de la nada al imperio de su voz?

La religión católica no ha menester envolverse en tinieblas para conservar el legítimo ascendiente || que le aseguran los títulos celestiales que puede presentar; jamás ha esquivado la discusión, antes, al contrario, se ha esforzado en promoverla por cuantos medios han estado a su alcance. Siglos antes que apareciese la imprenta se habían escrito ya innumerables volúmenes sobre todos

los puntos de la religión y sobre los fundamentos en que estriba; pero menester es confesar que sin este descubrimiento no hubieran logrado los escritos antiguos la asombrosa propagación que obtienen ahora, ni habría sido dable tampoco multiplicar de la manera que se ha hecho en los tiempos modernos las obras de historia eclesiástica, de controversia dogmática, de teología escolástica, de crítica, de filosofía, de ciencias naturales y exactas, formando ese admirable conjunto de erudición y sabiduría que nos han legado tantos insignes escritores, y del cual brota un raudal de vivísima luz, bastante a convencer a todo hombre sensato de que la religión católica es la única verdadera.

En todas épocas, y particularmente después de la invención de la imprenta, se ha podido notar cuán diferente es la religión de Jesucristo de las demás que han existido y existen todavía. En éstas la discusión religiosa no ha tenido jamás un desarrollo considerable. Oscuras en su origen, enigmáticas en sus expresiones, tortuosas en su conducta, tiránicas en su gobierno, han tendido su férrea mano sobre la miserable || humanidad, condenándola a vivir en el ilotismo, o cegándola y corrompiéndola con dar rienda suelta a las pasiones más vergonzosas. La luz era para ellas temible, *porque obraban mal*; y así procuraban desterrarla del espíritu de sus prosélitos, inclinando al goce los corazones y pegando al polvo las frentes que debieran mirar al cielo. Muy al contrario nuestra augusta religión: sin admitir el desatentado y funesto principio de examen, tal como lo entienden los protestantes, pues que no le era posible sin negarse a sí misma faltando a la institución del divino Fundador, ha procurado, no obstante, que no cesase nunca la discusión sobre las materias más graves, fomentando ella misma la fundación y progreso de aquellos establecimientos cuyo objeto era la conservación y el lustre de los estudios religiosos.

Lejos, pues, de que sea justo decir que la imprenta ha sido para el catolicismo un golpe de muerte por haber promovido con mayor extensión las controversias sobre las cuestiones más importantes, puede afirmarse con el testimonio de los hechos que ese nuevo medio de propagación secundaba los designios de la Iglesia católica, sin que valga lo que en contrario pudiera alegarse, fundándose en el lamentable abuso que de él han hecho y hacen todavía las falsas sectas, la incredulidad y las pasiones bastardas. Ya hemos visto cuán atinadamente se expresaba sobre este asunto el || papa León X, al propio tiempo que se proponía reprimir los abusos que ya en aquella época se introducían. Examínense las palabras del citado Papa, y se echará de ver que no encierran vanas protestas contra los adelantos del siglo, que la cátedra de San Pedro no forcejea como le achacan sus calumniadores para detener el curso de la civilización, que no se empeña en hacer que la humanidad vuelva atrás, que no anatematiza la obra del genio, ni condena las nuevas alas que acaba de alcanzar la inteligencia. Se propone, sí, refrenar los excesos, precaver los grandes males que amenazan a la religión y a la sociedad si no se acude a tiempo, pero no confunde el uso con el abuso, no desecha el bien por el solo peligro del mal, procura evitar éste sin destruir aquél, y reconoce de la manera más clara y terminante que la invención de la imprenta ha sido un favor particular del cielo (*divino favente numi-*

ne); que de ella pueden los hombres reportar grandes beneficios, principalmente los sabios católicos, de los cuales abunda la Iglesia romana (*et viri eruditi in omni linguarum genere, praesertim autem catholici quibus Sanctam Romanam Ecclesiam abundare affectamus, facile evadere possunt*), que este descubrimiento había sido para la gloria de Dios, apoyo de la fe y propagación de las buenas artes (*quod ad Dei gloriam et fidei argumentum ac bonarum artium propagationem salubriter est inventum*). De esta suerte se || habla cuando se procede de buena fe, cuando el espíritu está guiado por intenciones rectas y un sincero amor a la verdad; así ha procedido siempre la Iglesia católica, y los que la han achacado otra conducta, o ignoraron su historia o la calumniaron a sabiendas.

Uno de los más notables efectos producidos en la sociedad por la imprenta es el haber dado al pensamiento una fuerza e influjo muchos mayores de los que disfrutara en las épocas precedentes, ni era posible que disfrutase. En efecto, si bien es verdad que la inteligencia, como la primera facultad del hombre, ha ejercido siempre sobre la sociedad una acción muy poderosa, también es cierto que había menester vincularse con algunos intereses o instituciones para que pudiera producir resultados de alguna trascendencia. Esto último se verifica también ahora, pues que también ahora como antes las ideas necesitan hacerse, por decirlo así, palpables, y personificarse de suerte que la sociedad vea en ellas alguna cosa más que la mera enseñanza de una escuela. Pero no puede negarse que con la imprenta han adquirido las ideas un conducto de expresión por el cual se ponen desde luego en contacto con todas las pasiones e intereses que tengan con ellas alguna simpatía, y, por tanto, llegan con mucha más facilidad a formar un cuerpo que las adopte como propias, que se constituye en su representante, que les sirve de brazo para obrar sobre la sociedad saliendo || de los límites de meras teorías, y que trabaja para afirmar y extender instituciones a propósito para realizarlas y escudarlas.

De aquí ha resultado esa fuerza terrible que en nuestro tiempo han adquirido las ideas, y el notable efecto que todas producen, aun cuando pertenezcan a aquel número que, faltas de principios de vida, están destinadas a pasar como ligera exhalación que brilla y desaparece. Así tienen las sociedades modernas un nuevo poder que se combina con los demás y que obra más o menos a las claras, pero siempre con grande eficacia.

Ni se crea que en aquellos países donde se ejerce una estricta vigilancia sobre la imprenta deje ésta de influir sobre las ideas y hasta sobre el curso de los negocios. Su acción será oculta, lenta, indirecta; habrá menester más tiempo para consumir sus obras, pero no por esto será menos real y efectiva. Algunas veces, cuando se extravíe de su legítimo objeto, el daño que le causen las trabas que lleve en su ejercicio lo compensará con los engañosos velos de que sabrá cubrirse, atrayéndose más partidarios por lo mismo que en misteriosa reserva se ostentará como víctima de la persecución, por haberse constituido defensora de la causa de la humanidad.

En Francia, durante el siglo XVIII, estuvo la imprenta sujeta a la censura; y, sin embargo, difícil || fuera señalar una época en que su acción hubiese sido

más terrible. ¿Qué importaban las prohibiciones de imprimir ciertas obras, si, por lo mismo que eran prohibidas, se propagaban con más abundancia y se leían con mayor avidez? Al estallar la revolución de 1789 se proclamó la libertad de la prensa; pero los miembros de la Asamblea constituyente no habían por cierto necesitado esta libertad para adquirir aquel caudal de ideas subversivas con las cuales destruyeron un trono, derribaron todas las instituciones antiguas e inauguraron la nueva época que nosotros estamos presenciando.

En España, en el último tercio del siglo pasado, la imprenta estaba sometida también a vigilante censura, y esto no impidió que se nos inoculasen las ideas circulantes allende el Pirineo, que llegasen hasta las gradas del trono, cerrasen sus avenidas a los acentos de la verdad y preparasen las trabajosas agitaciones de que es víctima la generación actual. En tiempo de lo que se llama la *ominosa década*, también es de notar el profundo cambio que en silencio se verificaba por medio de la lectura pública o clandestina de libros nacionales y extranjeros. En confirmación de este aserto véase lo que sucedió a la muerte de Fernando; muchos de los antiguos adversarios de las ideas reinantes, o habían fallecido o comían el pan de la emigración en países extraños; esto no embarazante, se || hallaron imbuídos en los nuevos sistemas una muchedumbre de jóvenes que no habían podido aprenderlos en ninguna de las escuelas públicas y que, por tanto, debieron de haberlas bebido en libros que leerían con tanto mayor placer y con más viva curiosidad, por lo mismo que veían su contenido en oposición con todo cuanto los rodeaba.

Lejos de nuestro ánimo la idea de que no deba trabajarse por medios legítimos en atajar los excesos de la prensa, en impedirle que no acarree daño a las sanas ideas y a la buena moral; sólo queremos dejar consignado el efecto que de todos modos produce y manifestar de esta manera la pujanza que con ella ha conquistado el pensamiento.

La *opinión pública* es una palabra de que se abusa lastimosamente, sobre todo en tiempo de revoluciones, haciéndola muchas veces consistir en la opinión de unos pocos que, por engaño, pasiones o intereses, sostienen doctrinas y sistemas que están en abierta oposición con el pensamiento y el deseo de la inmensa generalidad de aquellos cuyo nombre se usurpa. Pero no puede negarse que en la realidad existe una verdadera opinión pública, y que, no impidiéndoselo la violencia, se da a conocer tan a las claras que, tomándose para observarla el tiempo conveniente, no se la puede equivocar con la gritería y el ruido de las facciones y de los bandos. Entendemos por opinión pública la || de la mayoría de los hombres juiciosos, y que, además, sean inteligentes en la materia sobre la que se deba formarla. Con la imprenta, al par que se han facilitado medios de fingir la existencia de esta opinión, también se le han proporcionado conductos para mostrarse tal cual es, de manera que alcancen a encontrarla los hombres que la buscan con sinceridad y buena fe.

De aquí ha resultado que la intervención de la sociedad en los negocios que la interesan se ha hecho más continua y eficaz; porque teniendo a la mano un órgano tan expedito para expresarse, le ha sido más fácil ejercer su acción

directa o indirectamente, según las circunstancias del país y las formas políticas establecidas en él. Aun cuando no se suponga la imprenta libre, circulan siempre una muchedumbre de escritos en los cuales se manifiesta cuál es la opinión pública sobre los más graves negocios; y, ora se publiquen con permiso del gobierno, ora salgan a luz a pesar de sus prohibiciones, ponen en discusión el asunto de que se trata, ilustran los entendimientos, agitan los ánimos y fuerzan al poder a dejar los malos caminos en que tal vez se empeñara. Puede asegurarse que la sola imprenta, considerada en sí y prescindiendo de la latitud que se le concede en los países regidos por un sistema constitucional, ha dado mayor impulso y desarrollo a la intervención popular que las formas políticas más liberales. ||

Estas llenan tanto más cumplidamente el objeto de garantizar lo que se apellida *libertades públicas*, cuando más expedito dejan el camino para desahogarse en quejas y protestas los intereses vulnerados o las opiniones contrariadas. Cabalmente la imprenta por su misma naturaleza es un medio seguro para lograr este fin; mayormente no dependiendo como no depende su existencia de las combinaciones de esta o aquella escuela, ni de las concesiones de un príncipe. Ella no es propiamente una institución política, y por lo mismo no está sujeta a las mudanzas de todo cuanto a este orden pertenece. Es una conquista de la industria, un arte de elaboración de unos productos que siempre encontrarán salida, y, por tanto, es un hecho social que los hombres pueden modificar, pero no destruir.

Los efectos que esta invención ha producido en la ciencia son incalculables, y es uno de los trascendentales el que ha vulgarizado el saber, extendiendo las luces verdaderas o falsas a un número mucho mayor del que antes las alcanzaba. Prescindamos por ahora del beneficio o daño que bajo el aspecto de la profundidad hayan recibido por esta causa las ciencias, comprendiendo en este nombre todo linaje de conocimientos; pero en lo tocante a la difusión no puede negarse que la ha aumentado considerablemente. Apenas concebimos nosotros cómo era posible adquirirlos ni aun medianos por medio de los simples manuscritos; || de suerte que, cuando no tuviéramos otra prueba de la laboriosidad de los siglos anteriores, bastaríanos recordar el crecido número que contaron de hombres eminentes en todos ramos y la noticia de la popularidad que en algunas épocas adquirieron cierta clase de conocimientos. Como quiera, es indudable que éstos debían limitarse a un número inmensamente menor, y que si los antiguos pudiesen presenciar la sobreabundancia de medios de que nosotros disfrutamos, lejos de admirarse de que los aventajemos en este o aquel punto, se asombrarían de que en todos no les llevemos incomparable superioridad.

Hay entre los modernos el defecto de que, extendiéndonos a mucho, profundizamos poco; y no sin razón se nos achaca un superficialismo que nos permite hablar de todo, por escasa que sea nuestra inteligencia en la materia de que se trata. En esto, como en todas aquellas proposiciones generales que expresan el resultado de la inducción de una infinidad de hechos difíciles de

reunir y más todavía de clasificar y apreciar debidamente, se contiene una parte verdadera y otra falsa, y la razón y la prudencia aconsejan mantenerse en sobria reserva para no encarecer con demasiado entusiasmo ni vituperar con excesiva acritud. Por más que se diga, la inteligencia se ha elevado en los siglos modernos a una altura a que no llegó jamás ni en los días más nombrados de Grecia y Roma. || La admiración que naturalmente se profesa a todo lo que está separado de nosotros por larga cadena de siglos, hace que nos inclinemos a considerar a los escritores de aquellos tiempos como hombres de otra raza superior a quienes es difícil y casi imposible igualar. Respetamos como el que más el mérito de los antiguos, y nos lamentamos de lo mucho que se descuida su lectura, quizás por algunos de aquellos mismos que les tributan exagerados elogios; pero, a decir verdad, al revolverlos una que otra vez no hemos acertado a descubrir en ellos una sabiduría mayor de la que se ha visto en Europa en los últimos siglos, y debemos añadir que el entendimiento humano nos parece mucho más grande ahora de lo que era entonces. Cuando esto decimos fijamos la vista en los mayores ingenios de la antigüedad; pensamos en Platón, en Aristóteles, en Cicerón, en Séneca, en Tácito, y no exceptuamos la poesía ni otro género de literatura, opinando que, si bien bajo este o aquel aspecto pudieron aventajar a los modernos, éstos, en cambio, los sobrepujan en tantos sentidos, que la compensación es sobreabundante y el parangón no puede sostenerse.

No intentamos indicar por medio de las observaciones que preceden que se deba principalmente a la imprenta la superioridad del entendimiento humano en los tiempos modernos; sabemos muy bien que la causa primaria se encuentra en el cristianismo, el cual, || dando ideas grandiosas, verdaderas y exactas sobre Dios, sobre el hombre y sobre la sociedad, ha generalizado esa sublimidad de pensamiento que distingue a los pueblos que le profesan. Así es de notar que la superioridad de los modernos sobre los antiguos se hace sentir especialmente en lo que concierne al fondo de las cosas: con el solo catecismo se han hecho comunes entre el pueblo ideas que se hubieran mirado como altas concepciones de recóndita filosofía; y el entendimiento de la generalidad de los hombres ha llegado, por decirlo así, a familiarizarse con objetos cuya existencia no pudieron los antiguos ni aun sospechar. Pero reconociendo estas verdades no podemos negar la parte que a la imprenta le ha cabido en el desarrollo y propagación de las ideas, lo que se prueba evidentemente con el asombroso adelanto que hicieron todos los ramos del saber tan pronto como vino en su apoyo ese poderoso agente.

De las reflexiones que preceden inferiremos lo que ya desde un principio llevamos indicado, a saber: que los excesos de la prensa no deben exasperarnos hasta el punto de hacernos mirar con aversión el descubrimiento en sí mismo, no perdiendo nunca de vista que son cosas muy diferentes el uso y el abuso, y que por la existencia del uno no debemos condenar el otro.

Pero se nos dirá: ¿Cómo será dable impedir este abuso? ¿Qué medios hay para sujetar a ese proteo || que toma todas las formas, que elude todos los golpes? Problema difícil, complicadísimo, que figura entre tantos y tantos como

abruman a las sociedades modernas, y que no es ciertamente de los de menor importancia. Quizás otro día nos ocupemos de esta gravísima materia, emitiendo nuestras convicciones con la imparcialidad e independencia de que nos preciamos. Como una que otra vez podría parecer severa nuestra opinión, deseosos de que no se nos tache de partidarios de la esclavitud del pensamiento y de enemigos de la causa de la civilización, hemos tributado gustosos el debido homenaje al sublime descubrimiento cuyo recuerdo basta para llenar de entusiasmo a todos los espíritus generosos y amantes de los progresos del entendimiento humano. ||

LA CIVILIZACIÓN*

Artículo 3.º

SUMARIO.—El saber sin moral es nocivo. El catolicismo afianza la razón humana con la autoridad y el dogma. En Francia el desarrollo de la inteligencia sin religión ha sido peor que la ignorancia. Sistema de instrucción popular de 1833, debido a M. Guizot. No ha contribuído al mayor bien de la sociedad. Estadística criminal francesa. Comentarios de *Education pratique*. Cita de don Ramón de la Sagra.

Decía Newton que sin máximas de sana moral no es más el saber que un nombre especioso y vano; nosotros llevaremos el pensamiento del célebre naturalista mucho más allá, afirmando que no sólo es inútil, sino también nocivo, y que cuando el divorcio de la inteligencia y de la moralidad se reduce a sistema, cuando es no sólo en el orden de las acciones, sino también en la región de las ideas, cuando no es inmoral precisamente el sabio, sino su sabiduría, entonces ha sonado para la sociedad la hora fatal de sus calamidades, entonces se dislocan sus polos, se rompe su eje, falta todo principio de regularidad y de orden, se hunde en el caos. En el mundo moral hay sus leyes como en el físico; la inteligencia, con su || inquietud característica, su agitación incesante, su actividad inagotable, su variedad infinita, representa el impulso en todas direcciones, el movimiento indefinido, sin regla, sin objeto; pero la moralidad es la ley de gravitación universal que todo lo arregla, lo tempera, lo armoniza, constituyendo diferentes centros particulares, que a su vez reconocen otro centro universal, que es Dios.

Nada en el mundo carece de ley, y la inteligencia no puede estar sin ella: esta verdad no quiso reconocerla la filosofía del siglo pasado; tampoco la reco-

* [Nota bibliográfica.—Con este título Balmes publicó una serie de cuatro artículos en los cuadernos 1, 2, 3 y 5 de la revista *La Civilización*, correspondientes a los meses de agosto, septiembre y noviembre de 1841, vol. I, pp. 3, 49, 97 y 206. Fueron reproducidos en un opúsculo de la *Biblioteca Popular* (imprenta de Manuel Ribó y D. Marsá, calle Condesa de Sobradiel, núm. 10, 1871, Barcelona), y, en gran parte, en el vol. III de la *Biblioteca de Estudios Sociales*, Barcelona, A. López Llausás. Imp. Calle Diputación, 95 (sin año). Reproducimos el texto de la primera edición. Los sumarios son nuestros.]

noce lo bastante la filosofía del siglo presente; y por esta causa, ni una ni otra conocen a fondo lo que es una religión, por esta causa no comprenden la profunda sabiduría entrañada en el principio de autoridad, base fundamental del catolicismo; por esta causa desconocen ambas al hombre y a la sociedad, impulsan sin dirección fija, sin tino, proclamando un desarrollo sin regla, un movimiento al acaso, una libertad mil veces explicada, nunca entendida.

El catolicismo, tan profundo en sus miras como prudente en su conducta, penetrado de la insuficiencia de la razón humana y de cuán peligroso es dejarla abandonada a sus propias fuerzas, no se contenta con afianzarla con el áncora de la autoridad, sino que, tomando en brazos al hombre desde su más tierna infancia, procura imbuir su entendimiento de || ideas religiosas, de manera que todos los demás conocimientos que se le comuniquen le encuentren ya preparado: así consigue que, siendo la religión el primer licor que se ha derramado en el vaso tierno, conserva éste por mucho tiempo la primitiva fragancia. Este sistema tan cuerdo, tan sabio, tan altamente social, se le ha designado con los nombres de *monástico clerical* y otros por este tenor, y se ha formado el empeño de denigrarle con mil apodos para preparar su descrédito y ruina; pero día vendrá, y quizás no está lejos, en que la parte de Europa que le ha olvidado vuelva a reclamarle a grandes gritos como el único remedio de sus males. El divorcio que entre la inteligencia y la razón se había procurado introducir en la esfera científica, se ha hecho descender a los sistemas de enseñanza, y para no exponer el resultado a contingencias, se ha procedido de manera que el hombre fuese ya *filósofo* desde niño. Mientras la sociedad se prepara en medio del más profundo malestar para recoger a manos llenas los amargos frutos de semejantes sistemas, vamos a presentar a los ojos de los lectores un cuadro tristísimo, pero muy interesante; y por lo sucedido hasta ahora podrán conjeturarse las catástrofes encerradas en el porvenir.

Como la Francia ha sido el país clásico de la filosofía irreligiosa, como en Francia es donde se había proclamado en alta voz el divorcio de la inteligencia || y de la religión, donde han debido dejar muy hondo surco los sistemas irreligiosos, tomaremos aquel país por punto de comparación, y con datos irrecusables demostraremos que cuando la religión no preside al desarrollo de la inteligencia, este desarrollo es nocivo, es funesto, es peor que la ignorancia. Protestamos de nuevo que no es nuestro ánimo condenar la instrucción, que tenemos una convicción profunda de que, siendo bien dirigida, puede generalizarse sin ningún peligro para la sociedad, sin ningún detrimento de la moralidad ni del bienestar, antes con beneficio de ambos; y si presentamos noticias y cálculos que parecen a primera vista condenar la instrucción, hacémoslo tan sólo con la mira de disipar las preocupaciones más tenaces, que son las que se apellidan a sí propias despreocupación y filosofía; hacémoslo con la mira de llamar la atención pública sobre unos hechos que tanto interesan al porvenir de la humanidad.

Si tuviéramos que habérnoslas con hombres de la escuela de Voltaire, cuyo pensamiento dominante fuese el cubrir de ridículo la religión y perseguirla sin

cesar hasta las últimas trincheras, perdería fuerza nuestro argumento; porque entonces se podría decirnos: «Defendéis la necesidad de la religión como elemento indispensable para el saludable desarrollo de la inteligencia, y para apoyar vuestro aserto echáis || mano de los funestos resultados que acarrea una enseñanza basada sobre el odio a la religión. Este raciocinio no es lógico, porque todavía no se ha ensayado un sistema que, sin tener por base principal la religión, como vosotros pretendéis, no estribe tampoco sobre el odio a la religión; si el ensayo de este sistema produjere malos resultados, entonces, y sólo entonces, habréis llegado a la consecuencia que os proponíais deducir.» Afortunadamente para nuestro objeto, no puede dirigírsenos esta reconvencción, porque sólo nos proponemos examinar los resultados del sistema de instrucción popular planteado en 1833 por M. Guizot; y es bien sabido que Guizot, sean cuales fueren sus ideas y tendencias religiosas, está muy lejos de simpatizar con Voltaire.

Guizot, llevado de su celo por la propagación de las luces, pensó sin duda hacer un inmenso beneficio a la Francia inundándola de escuelas, creyendo que serían abundante semillero de civilización. La estadística va echando por tierra las previsiones del filósofo; y a buen seguro que a estas horas no deja de mirar con ojos azorados el fruto que va produciendo su obra, y que empieza a desconfiar de las bellas ilusiones a que se entregaba cuando dirigía a los maestros aquellas instrucciones, dignas, como todo lo que sale de su pluma, de ocupar un lugar distinguido entre los monumentos literarios. Pero si son bellas las páginas || de la literatura y de la filosofía, la realidad es algo de más positivo y respetable, y a ella es menester apelar para la resolución de los grandes problemas en que está librada la suerte de la humanidad.

Ya se deja entender que el sistema de instrucción de M. Guizot estará muy lejos de ser lo que se llama *monástico* ni *clerical*; y es sabido, además, que este sistema de profusión instructiva ha contribuído mucho a la extensión y aumento de la instrucción. Ahora bien, he aquí la cuestión en sus términos más precisos: Este mayor desarrollo de la inteligencia, ¿ha contribuído al bien de la sociedad? La cuestión quedará resuelta si manifestamos que ha contribuído al aumento del vicio y del crimen; y esto es lo que de sí arrojan los estados siguientes.

Nos serviremos de los datos oficiales sobre estadística criminal publicados en Francia en 1837 y 1838, cotejando el año de 1834 con el de 1838.

<i>Años</i>	<i>Acusados</i>	
1834	6.952	Aumento de } acusados. } 1.062
1838	8.014	

Es decir, que en estos cuatro años en que ha cundido más la instrucción se ha aumentado el número de acusados cosa de una sexta parte. Nótese que en

los diez que precedieron a la época de que nos ocupamos, el número de los acusados se mantenía poco || más o menos el mismo; de lo que se infiere que en esta diferencia no ha podido influir considerablemente ni el aumento de la población, ni el desarrollo de la industria, ni las calamidades públicas, ni otras causas pasajeras, pues que en los diez años anteriores anduvo también en aumento la población y progresó la industria de un modo notable. Además, tomando una base tan espaciosa como es un decenio, es claro que debieron de acontecer en este tiempo todos los accidentes que pudieran influir en aumentar el número de los acusados. Esta coincidencia del aumento de la instrucción con el de los acusados, cuando no se adivina otra causa que haya podido producir tan triste resultado, es ya de sí un indicio bastante grave de que el sistema de enseñanza no está libre de responsabilidad; pero todavía pueden presentarse otros datos que dejan la cosa fuera de duda. Para esto no hay más que considerar el número de acusados en diferentes clases según el grado respectivo de instrucción; y entonces se manifiesta tan claro el origen del mal, que es menester cerrar los ojos para no verle.

	<i>Años</i>	<i>Acusados</i>
Acusados que sabían leer y escribir bien	1834	608
	1838	2.587
Acusados que habían recibido una instrucción superior	1834	203
	1838	276

Pero lo que hay de notable en este punto es la mayor probabilidad que tiene el hombre instruído de cometer sus delitos impunemente; por manera que estando mal montada la instrucción, acarrea el doble daño de formar al criminal y luego encubrirle y protegerle. Es bien claro que cuanto mayor sea la instrucción del acusado más medios sabrá excogitar y emplear para substraerse a la acción de la ley; pero este resultado previsto ya por la razón, viene en seguida confirmado por la estadística. Obsérvese la progresión en que va creciendo el número de los absueltos, en proporción con sus diferentes grados de instrucción, tomando por punto de comparación un mismo número de acusados.

<i>Grados de instrucción de los acusados</i>	<i>Acusados</i>	<i>Absueltos</i>
Que no sabían leer y escribir	100	33
Que sabían leer y escribir imperfectamente	100	37
Que sabían leer y escribir bien	100	42
Que tenían una instrucción superior	100	60

Con la mira de que nuestros lectores se formen una idea de la progresión ascendente del crimen y se convenzan de cuán fundado es el sobresalto que inspira a todos los hombres observadores la errada marcha de la civilización, presentaremos todavía nuevos datos que, abarcando una escala más extensa, nada || menos que de trece años, presentarán más ancho campo a la observación y servirán de base más segura a los cálculos e ilaciones. El siguiente estado expresa los criminales condenados en Francia desde 1825 hasta 1838, ambos inclusive, pasándose por alto el de 1835, que falta en el documento que tenemos a la vista, publicado en París, sacado de una obra titulada *Education pratique*.

<i>Años</i>	<i>Condenados</i>	<i>Años</i>	<i>Condenados</i>
1825	4.037	1832	4.448
1826	4.348	1833	4.105
1827	4.236	1834	4.165
1828	4.550	1836	4.623
1829	4.475	1837	5.117
1830	4.130	1838	5.164
1831	4.098		

Llamamos la atención del lector sobre una particularidad notabilísima que se observa en el estado precedente. Desde 1825 hasta 1833 va fluctuando el número de los condenados, subiendo y bajando, de manera que se conoce que no hay ninguna causa particular que produzca ni aumento ni disminución. Años hay en que se eleva de repente, como en 1828; pero volviendo luego a deprimirse, calmándose de esta manera la alarma que se hubiera podido ocasionar al observador. Pero desde el año 1833, el aumento es constante, pasando en cinco años desde 4.105 hasta 5.164. Resultado espantoso, que hiela la sangre en || las venas; ¡y cabalmente desde 1833 data el aumento en la instrucción! Aproximad estos datos, ved cómo del cotejo brota una luz sombría, que os hace divisar pavorosos abismos.

Todavía más. La estadística de la policía correccional viene también en comprobación de lo mismo que estamos manifestando. Empecemos desde el año 1826 inclusive, y veamos lo que sucedió hasta 1838, también inclusive. Distribuyendo estos trece años en dos quinquenios y un trienio, resulta que el número de asuntos y de personas de que tuvo que ocuparse la policía correccional, anduvo siempre en aumento. He aquí los guarismos:

	<i>Asuntos</i>	<i>Personas</i>
De 1826 a 1830	49.357	62.880
De 1831 a 1835	60.245	77.947
De 1836 a 1838	47.020	61.204

Buscando el término medio para cada año, resulta:

	<i>Asuntos</i>	<i>Personas</i>
De 1826 a 1830	9.871	12.576
De 1831 a 1835	12.049	15.589
De 1836 a 1838	15.673	20.401

Este estado presenta también una particularidad notable, y es que en sólo el trienio de 1836 a 1838 hay mucho más aumento que en el anterior quinquenio; cabalmente el trienio es la época en que más se había difundido la instrucción... ||

Para no fatigar a los lectores con más guarismos que nos sería muy fácil acumular, presentaremos traducido lo que dice sobre este punto el autor de la obra citada más arriba, cuyo título es *Education pratique*. Helo aquí:

«En resumen, las investigaciones que acabamos de hacer nos han conducido a establecer:

»1.º Que a medida que la instrucción se ha propagado de año en año, el número de los crímenes y de los delitos ha crecido en proporción análoga.

»2.º Que en estos delitos o crímenes, la clase de los acusados que saben leer y escribir entra por un quinto más que la clase de los acusados enteramente rudos; y que la clase de los acusados que han recibido una alta instrucción entra por dos tercios más, guardando la proporción correspondiente a la respectiva población de estas clases.

Acusados

En otros términos: cuando en la clase enteramente ruda, 25.000 individuos dan	5
En la clase que sabe leer y escribir, 25.000 individuos dan más de	6
En la clase que ha recibido una instrucción superior, 25.000 individuos dan más de	15

»3.º Que el grado de perversidad en el crimen, y las probabilidades de escapar de la persecución de la justicia y de la vindicta de las leyes, están en proporción directa con el grado de instrucción.

»4.º Que en los departamentos donde la instrucción está más difundida, abundan más los crímenes; es decir, que la moralidad está en razón inversa de la instrucción.

»5.º Que las reincidencias son más frecuentes entre los acusados que han recibido instrucción, que entre los que no saben leer ni escribir.

»A medida que la instrucción se propaga, hemos reconocido que el número de delitos contra las personas y las propiedades, de atentados contra las costumbres, de uniones ilegítimas, de expósitos, de alienaciones mentales, de suicidios, aumenta en proporción, no sólo con la extensión, sino también con el mayor grado de instrucción.

.....

»¿Deberemos inferir de aquí que la instrucción sea un azote y que ella produce el aumento de los crímenes y miserias morales que acabamos de señalar, y que, por consiguiente, sea necesario comprimirla y restringirla? No ignoramos que esta opinión no carece de partidarios, y que no faltan hombres que quieran que se ponga en práctica. Nosotros, sin embargo, no podemos convenir en ella; y afortunadamente podemos || apoyarnos en la autoridad y opinión de M. Laurentie, que ha sido el primero que la ha rechazado en nombre de las opiniones e intereses religiosos, y que ha refutado, con tanta energía como razón, a un economista de la escuela utilitaria, que no veía otro remedio al mal que *cerrar las escuelas y poner en lugar del maestro al gendarme.*»

Hemos presentado estos datos para llamar vivamente la atención pública sobre el inminente riesgo que corre la sociedad en no sirviendo de principal base a la enseñanza la religión. No se crea que hayamos agotado las pruebas, y que nuestra opinión sea aislada, y que nuestros clamores sean hijos de un temor exagerado; fácil nos sería apoyarnos en la autoridad de hombres distinguidos y que no pueden pasar plaza de preocupados, tales como M. Guerry, M. Dupin, M. Moreau Christophe, el barón de Moragües, M. Quetelet y otros, todos acordes en la funesta relación que se encuentra entre la instrucción y el crimen; y si hubiéramos querido echar mano de los trabajos del ilustre español don Ramón de la Sagra, bastáranos abrir sus *Lecciones de Economía social* para encontrar abundancia de guarismos que vienen en confirmación del hecho lamentable que estamos indicando.

Ya que hemos nombrado a este distinguido economista, séanos permitido insertar aquí las notables || palabras con que expresa su opinión sobre esta importante materia: «De lo dicho pudiera también deducirse que la instrucción primaria era un mal más que un bien, y que la cultura del entendimiento, lejos de debilitar la inclinación al crimen, tendía, al contrario, a aumentarla y fortificarla. Pero afortunadamente no es tal la consecuencia que debe deducirse. Lo que sí resulta demostrado de todo lo expuesto es que la sola instrucción, sin estar unida a la educación moral y religiosa, no ofrece contra la inmoralidad el remedio que ha querido suponérsele; que la instrucción superior, no estando unida a un grado correspondiente de educación moral y religiosa, no procura a los individuos los bienes intelectuales que tiende a promover, y que

llega a ser nocivo a las clases inferiores, que sólo toman de ella medios de perjudicar, al paso que la misma excitación mental producida por tales estudios los saca de su esfera social y perturba el orden físico y moral de los pueblos. La instrucción primaria es necesaria a todas las clases para su existencia y su adelanto, pero la educación es la única capaz de mejorar su moralidad y de dirigirlos por la senda de la virtud. La instrucción superior es conveniente a las sociedades, pero debe ser privativa de los individuos que pueden ser útiles con ella y sólo en el número correspondiente a las necesidades de las naciones. El mal de la instrucción, dice M. Moreau || Christophe, procede del modo como se proporciona, y no de ella misma. El modo actual vicia la semilla en su germen y hace producir al suelo frutos inútiles y peligrosos. En nuestras escuelas, toda la enseñanza se sacrifica al agrado del cuerpo, de la memoria y del talento; nada se reserva para las virtudes del corazón. Puede salirse sabio de tales institutos, pero seguramente no se sale virtuoso. Y ¿qué vale la ciencia sin la moral?» Continúa el señor de la Sagra copiando otro trozo de M. Moreau Christophe y ponderando la necesidad de la educación moral y religiosa, y después añade: *«Lo que sí es cierto, constante y demostrado por la teoría y la experiencia, es que el vicio y el crimen siempre están unidos a la irreligión, y que en infinitos casos la irreligión conduce a la miseria y siempre a la desgracia. La irreligión, señores, que supone la falta de la fe, de la esperanza y de la caridad, virtudes sublimes cuanto necesarias para la ventura del hombre y la paz de las sociedades, destruye todas las semillas del bien y derrama todos los gérmenes del mal.»*

Ya lo ven nuestros lectores, no son ya solos los jesuítas, los frailes y los clérigos los que invocan la religión como base necesaria de toda educación y enseñanza, si no se quiere hundir en un abismo al individuo y a la sociedad; no son ya hombres de aquellos que puedan ser tachados de adictos a los sistemas || que se apellidan de opresión y obscurantismo; son hombres conocidos por sus opiniones liberales, distinguidos por su ilustración, llenos de experiencia adquirida en largos viajes, y cuyas palabras sólo pueden ser la expresión de convicciones profundas, hijas de la evidencia de los hechos.

Así ha querido la Providencia que triunfase la verdad; ha permitido que el hombre ensayase la obra insensata de substraer a la inteligencia del influjo de la religión; y la inteligencia se ha prostituído formando monstruosa alianza con el vicio y el crimen. ¡Vergüenza da el decirlo! ¡La instrucción fomentar la maldad!... Para honor del espíritu humano, sería de desear que ese hecho lamentable pudiera sepultarse en el olvido; pero los intereses de la civilización, la existencia misma de la sociedad, exigen que se le publique en alta voz para eterna confusión de las doctrinas irreligiosas, exigen que se grabe por todas partes en caracteres indelebles la importante verdad de que allí donde hay instrucción sin religión, allí hay desarrollo de inteligencia sin moralidad, allí hay un semillero de vicios y de crímenes, y allí hay, por consiguiente, un enemigo capital de la verdadera civilización. ||

CRÍTICA DE LIBROS